

BERNARD SHAW

Trata de blancas

COMEDIA DRAMÁTICA

en cuatro actos y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

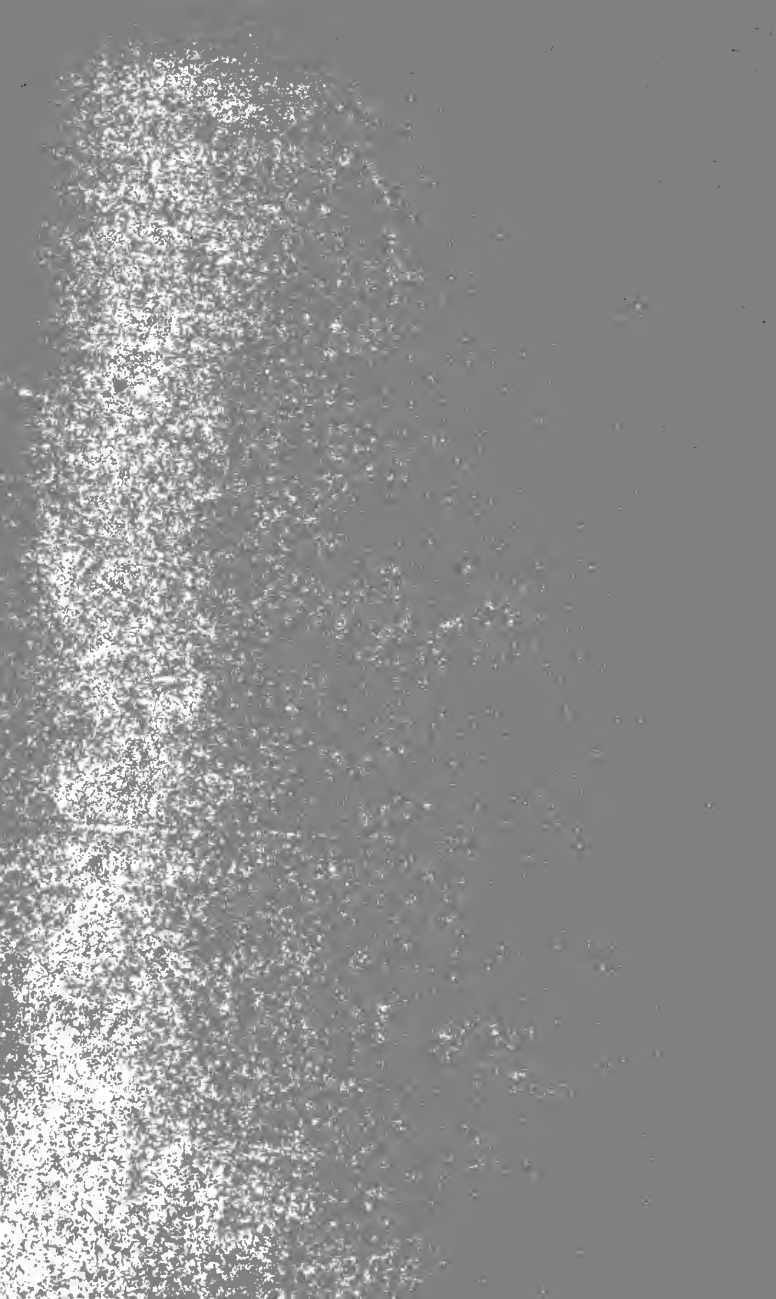
JULIO BROUTÁ



Copyright, by Julio Broutá, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907



TRATA DE BLANCAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

BERNARD SHAW

TRATA DE BLANCAS

COMEDIA DRAMÁTICA

en cuatro actos y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID,

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1907

PERSONAJES

LA SEÑORA KITTY WARREN.

VIVIE, su hija.

SIR JORGE CROFTS.

PRAED.

EL PÁRROCO SAMUEL GARDNER.

FRANK, su hijo.

La acción del primero, segundo y tercer acto en Haslemere.

El cuarto acto en Londres.—Época actual



PREFACIO

El drama ó la comedia dramática de Bernard Shaw, cuya traducción tengo hoy el honor de presentar al público, lleva en el original, el título siguiente: *Mistres Warren's Profession*. (La Profesión de la señora Warren.) Esta pieza pertenece á la serie de las no alegres (*Plays unpleasant*) del genial autor, y la he escogido á propósito, porque habiendo traducido primero una de las piezas alegres (*Plays pleasant*), que considero como la perla de las obras escénicas de Shaw (se intitula en inglés: *Arms and the Man*, en la traducción española: «De Armas Tómar»), he querido dar á conocer, como segunda prueba, una de las mejores y más atrevidas de la serie *unpleasant*.

Según los datos publicados por mi excelente amigo el distinguido escritor austriaco Siegfried Trebitsch, la presente pieza fué escrita en 1893, pero tardó mucho en representarse, pues su estreno en el *Theatre of the New Lyric Club*, por el Teatro Libre (*Stage Society*) de Londres, data del 5 de Enero de 1902. Este estreno desencadenó una tempestad de indignación en todo el Reino Unido. Toda la prensa inglesa pareció presa de pánico moral. Al autor, que con esa obra levantaba sangrientas acusa-

ciones contra el orden social de su patria, no se le comprendió, y aun los más perspicaces críticos desconocieron las intenciones altamente humanitarias y artísticas encerradas en la caracterización de la protagonista que, inflexible, se aparta de la así llamada buena sociedad, rechaza el dinero mal adquirido de su madre y quiere vivir sola, sin esa madre y sin el hombre que la quiere, sólo dedicada al trabajo dignificante y redimidor.

Para la edición primera de la obra, Shaw escribió un brillante prólogo, en el que retrató de mano maestra á los críticos teatrales ingleses. Allí dice entre otras cosas:

«Por más que los críticos, ya que no por experiencia, al menos por la historia, debieran saber que las mujeres sin escrúpulos de la ralea de la señora Warren, se han distinguido en la política y los negocios como directoras y administradoras, lo olvidan por completo en cuanto entran en el teatro. Una vez sentados en sus butacas, encuentran natural y verdadero que los clérigos sean virtuosos, los militares bizarros, los abogados enredadores, los marinos sencillos y generosos, los médicos milagreros por medio de frasquitos, y que, por lo tanto, la señora Warren tiene que ser un demonio y un monstruo. Todo aquello no solamente no responde á la realidad, sino que tampoco es dramático. La profesión ó el oficio de una persona sólo entra en relación con el drama de su vida, cuando crea un conflicto con su naturaleza. El resultado de un tal conflicto es trágico en el caso de la señora Warren, y al mismo tiempo ilógico; pero natural y verdadero, y lo repito: los críticos que me reprochan que sacrifico la verdad á la lógica, son tan

sofistas á consecuencia de su oficio, que para ellos la lógica es verdad natural, y la verdad natural es absurdidad.»

No sé qué suerte está reservada en España á la atrevida creación de Shaw, y si ésta encontrará un empresario de suficiente iniciativa para admitirla en su teatro, y un público bastante libre de prejuicios, y de sentido artístico y filosófico bastante desarrollado para comprender y saborear sus grandes bellezas. Apenas me atrevo á esperar lo primero; pero confío en lo segundo, y en que esta obra hallará numerosos é inteligentes lectores.

En cuanto á mi traducción, debo advertir que se ciñe exactamente al original, y que exceptuando la modificación del título, no he hecho la más mínima concesión á la tendencia natural en todo traductor de *adaptar* la obra traducida al gusto propio ó al de los esperados lectores, no pocas veces con perjuicio del autor, que sale completamente deformado en semejante adaptación. Y esa meticulosidad y esa exactitud me las impone, no solamente mi probidad literaria, sino también la expresa voluntad de Shaw, que en una de las deliciosas cartas que de él poseo, dice lo siguiente: «Los términos del contrato que le mando le colocan á usted en una posición inatacable cuando tenga que pelear con editores, empresarios y otros. Le querrán obligar á aceptar un colaborador, á adaptar, alterar, abreviar, alargar el texto, á cambiar los títulos, á vender sus derechos de traductor exclusivos, etc., etc. A cada uno de ellos usted contestará: «Mi querido amigo, con cuánto gusto cedería yo á sus instancias, pero desgraciadamente estoy atado de piés y manos por aquel chiflado de autor inglés.»

Shaw exige absolutamente que se le dé tal como es, sin modificación de ninguna clase, sin cambiar un ápice su estilo peculiar y pensamientos originales, valgan por lo que valieren, y ese deseo suyo lo he respetado escrupulosamente.

JULIO BROUTÁ

Madrid, en Octubre de 1907.



ACTO PRIMERO

Tarde de verano en el jardín de una quinta en la pendiente oriental de una colina algo al Sur de Haslemere, en Surrey Mirando hacia la cumbre de la colina, se ve la quinta en la esquina izquierda del jardín, con su tejado de paja y su portal, y un ventanal enrejado á la izquierda del portal. Más atrás un ala pequeña, formando saliente, hace un ángulo con el muro de la derecha. Desde el extremo de dicha ala avanza en curva una empalizada que cierra por completo el jardín, con excepción de una puerta á la derecha. El campo abierto sube por la falda de la colina, mas allá de la empalizada hacia la línea del ciclo. Algunas sillas de tijera, de lona, dobladas, se apoyan en un banco lateral en el portal. Debajo del ventanal, apoyada contra la pared, se ve una bicicleta de señora. Un poco á la derecha del portal hay una hamaca colgada entre dos postes. Una gran sombrilla de lona, hincada en tierra, quita el sol de la hamaca, en la que está recostada una joven leyendo y tomando notas, con la cabeza hacia la quinta y los pies hacia la puerta. En frente de la hamaca, y al alcance de su mano, hay una silla ordinaria de cocina, con una fila de libros de aspecto seriote y, sobre ella, un montón de cuartillas.

(Un Caballero, paseando por el campo, hace su aparición, viniendo de atrás de la quinta. Es un hombre de unos treinta y tantos años. En su aspecto tiene algo de artista. Viste de diario, pero con cierta elegancia. Fuera de unos bigotes, su cara está limpiamente afeitada y es de expresión viva y susceptible. Sus modales son amables y corteses. Tiene sedoso

pelo negro con no pocas canas. El bigote es negro, pero las cejas son blancas. No parece seguro del camino. Mira por encima de la empalizada, examina con atención el sitio y echa de ver á la joven.)

PRAED (Quitándose el sombrero.) Dispense, usted, señorita. ¿Podría usted decirme el camino de Hindhead View... la casa de la señora Alison?

VIVIE (Levantando la vista de su libro.) Esta es la casa de la señora Alison. (Vuelve á absorberse en la lectura.)

PRAED ¡De veras! ¿Tal vez sea usted la señorita Vivie Warren?

VIVIE (Áspera, mientras se vuelve sobre el codo para verle bien.) Sí.

PRAED (Cohibido.) Sentiría mucho molestar. Mi apellido es Praed. (Vivie al punto tira su libro sobre la silla y salta fuera de la hamaca.) ¡Por Dios, no se incomode por mí!

VIVIE (Encaminándose hacia la puerta y abriéndola para que él entre.) Pase usted, señor Praed. (El entra.) Tengo mucho gusto en verle. (Le tiende la mano y aprieta la suya de un modo resuelto y cordial. Es un ejemplar atractivo de la joven inglesa de la clase media; razonable, habilidosa y altamente instruída. Su edad, veintidós años. Viva, fuerte, segura de sí. Viste sencillamente, como de oficina, pero con limpieza. De su cinturón cuelga una cadena que sostiene, entre otros objetos menudos, una pluma, de las que tienen un depósito de tinta, y un corta-papel.)

PRAED Es usted muy amable, señorita. (Ella cierra con un enérgico portazo. El entra hacia el centro del jardín, estirando los dedos ligeramente entumecidos por el apretón de ella.) ¿Llegó su señora mamá?

VIVIE (Con viveza; evidentemente barrunta una emboscada.) Pero, ¿va á venir?

PRAED (Sorprendido.) ¿No nos esperaba usted?

VIVIE Yo no.

PRAED ¡Bendito Dios! ¿Si me habré equivocado en el día? Cosas mías... Su mamá de usted decidió que vendría aquí desde Londres, y que yo había de venir desde Horsham para tener el gusto de conocerla á usted.

VIVIE (Nada entusiasmada.) Esas tenemos, ¿eh? Mi

madre parece encontrar gracioso el sorprenderme... supongo será para ver cómo me las arreglo cuando no está á mi lado. Se me figura que la sorprendida va á ser ella uno de estos días, si se le ocurre formar planes con respecto á mí sin consultarme previamente. De todos modos le diré que todavía no ha llegado.

- PRAED (Cohibido.) Siento verdaderamente...
- VIVIE (Deponiendo su mal humor.) Usted no tiene la culpa, Mr. Praed, y me alegro mucho de que usted haya venido, créamelo. Usted es el único de los amigos de mi mamá con quien estaba yo deseando trabar conocimiento.
- PRAED (Aliviado y alegrado.) ¡Oh, qué amable es usted, señorita!
- VIVIE ¿Quiere usted entrar en casa, ó prefiere usted sentarse aquí fuera para que charlemos?
- PRAED Es más bonito aquí fuera, ¿no le parece á usted?
- VIVIE Entonces voy á traerle á usted una silla.
(Va hacia el portal por una silla.)
- PRAED (Siguiéndola.) ¡Por Dios, permítame!... (Pone las manos sobre la silla.)
- VIVIE (Se la deja coger.) Tenga usted cuidado con sus dedos; esas sillas son bastante traidoras.
(Ella cruza la escena hacia la silla en la que está el montón de libros; los coge y los tira en la hamaca; luego empuña el respaldo y, con musculoso ademán, coloca la silla por delante.)
- PRAED (Que acaba de desdoblar su silla.) Señorita, déjeme usted á mí esa silla dura. A mí me gustan los asientos duros.
- VIVIE A mí también. (Se sienta.) Siéntese usted, Mr. Praed. (Esta invitación la hace con cierto tono imperativo; el afán de él por hacerse amable se le antoja á ella una señal de debilidad de carácter.)
- PRAED Ahora que lo pienso, señorita, ¿no fuera mejor ir á la estación á recibir á su mamá?
- VIVIE (Con frialdad.) ¿Para qué? Ella conoce el camino. (Praed vacila y luego se sienta en la silla de jardín, un tanto desconcertado.) ¿Querrá usted creer, Mr. Praed? Es usted exactamente tal como

me lo había figurado. Espero que no tendrá usted inconveniente en que seamos amigos.

PRAED

(Con gran alegría.) ¡Oh, gracias, señorita! ¡Cuánto me alegro de ver que su madre de usted no la ha criado mal!

VIVIE

¿Cómo?

PRAED

Quiero decir que la educación que reciben la mayor parte de las jóvenes es rutinaria; les deforma el carácter, les quita la franqueza, la naturalidad, todos sus impulsos innatos. Yo soy un anarquista empedernido. Odio la autoridad en todos sus aspectos. Ella falsea las relaciones entre padres é hijos... aun entre madre é hija. Por eso estaba yo temiendo que su mamá de usted hubiese extremado su autoridad para adaptar á usted al molde común. ¡Qué placer es para mí el ver que no hay tal cosa!

VIVIE

¿He hecho algo que sea chocante?

PRAED

Nada de eso ¡por Dios! Lo que me encanta en usted es, ante todo, su franca naturalidad. ¡Qué bonita era aquella pregunta de que si estaba dispuesto á que fuésemos amigos! Las muchachas modernas son ustedes deliciosas... perfectamente deliciosas.

VIVIE

(Dudosa.) ¿Sí, eh? (Le mira con desilusión creciente con respecto á su carácter y talento.)

PRAED

Cuando yo tenía la edad de usted, los jóvenes y las muchachas se asustaban unos de otros. No existía compañerismo alguno entre los dos sexos... ninguna sinceridad... si solo galantería copiada de las novelas, vulgar y afectada hasta no poder más. Reserva virginal, caballerosidad varonil... diciendo siempre *no* cuando se pensaba *sí*... un verdadero purgatorio para almas tímidas y sinceras.

VIVIE

Sí, me lo imagino, debió de gastarse lastimosamente el tiempo, sobre todo el de las mujeres.

PRAED

Ya lo creo, se despilfarraba la vida, se malgastaba todo. Pero ya estamos mejorando. Créamelo, la idea de verme con usted,

me ha tenido en un estado de nerviosidad extraña desde que supe que terminó sus estudios en Cambridge con la nota de sobresaliente... cosa inaudita en mis días. Vamos, aquello de igualarse con el que obtuvo el número tres, fué cosa magnífica. El tercero, ¿sabe usted? es el mejor de todos. El primero es siempre un muchacho soñador y enfermizo, que se atiborra de ciencia hasta reventar.

VIVIE

En verdad, se paga mal. No lo volvería á hacer por el mismo dinero.

PRAED

(Espantado) ;El mismo dinero!

VIVIE

Pues sí, lo hice por cincuenta libras. ¿Acaso no sabe usted cómo fué eso? La señora Latham, mi profesora en Newnham, dijo á mi mamá que yo podría distinguirme en los exámenes para licenciada en matemáticas si quería ponerme á ello con empeño. Los periódicos todos hablaban entonces de una señorita Felipa Summers, que acababa de batir al primero de los candidatos,—¿se acuerda usted de eso?—y nada podía contestar á mi madre sino que yo hiciera otro tanto. A ello dije yo era una lástima gastar el tiempo en estudiar de ese modo tan excesivo, puesto que no pensaba hacerme profesora; pero me declaré dispuesta á luchar por el cuarto ó quinto premio de honor si me daba mi mamá cincuenta libras. Me las prometió, después de refunfuñar un poco, y yo cumplí más de lo que prometí. Pero no lo haría otra vez por ese precio. Doscientas libras era lo que debiese haberseme pagado.

PRAED

(Muy desilusionado.) ¡Bendito Dios! Esa es una manera muy práctica de ver las cosas.

VIVIE

¿Había usted creído encontraría en mí una persona de poco sentido práctico?

PRAED

No, no. Pero también obedecería al buen sentido práctico el considerar, no solamente el trabajo que cuestan aquellos honores, sino también la cultura que significan.

VIVIE

¡Cultura dice usted! Querido Mr. Praed,

¿sabe usted lo que son los certámenes de matemáticas? No significan sino empollar y más empollar, seis, ocho horas al día, dale que dale á las matemáticas. Se podría suponer que yo entiendo algo de ciencias, pero no sé nada fuera de las matemáticas que se relacionan con ellas. Puedo hacer cálculos para ingenieros electricistas, compañías de seguros, arquitectos, etc. Y no entiendo casi nada ni de ingeniería, ni de electricidad, ni de seguros, ni de arquitectura. Ni siquiera soy fuerte en aritmética. Fuera de las matemáticas, *lawn tennis*, comer, dormir, montar en bicicleta y pasear, soy un ser más ignorante que cualquiera mujer que no haya estudiado el dichoso examen.

PRAED (Indignado.) ¡Qué sistema más monstruoso, perverso y ruin! Me lo figuraba desde luego. No puede sino aniquilar todo lo que hace á la mujer encantadora.

VIVIE En cuanto á eso no me preocupo. Ya trataré de sacar provecho de lo que aprendí.

PRAED ¿De qué manera?

VIVIE Estableceré una oficina en el centro de Londres y trabajaré en hacer cálculos técnicos, estadísticas y presupuestos. Me valdré de los datos que tenga para hacer algunos estatutos y no perderé de vista la Bolsa. Si he venido aquí no ha sido para divertirme, como mi madre se figura, sino para estudiar obras de legislación. No me gustan las vacaciones.

PRAED Señorita, que quedo pasmado al oírle hablar así. ¿No quiere usted que su vida encierre algo de hermosura y de poesía?

VIVIE No hago caso de esas cosas, se lo aseguro.

PRAED Es imposible que hable usted en serio.

VIVIE Pues es así. A mí me gusta trabajar y ser pagada por ello. Cuando me canso de trabajar, me gusta una silla cómoda, un pitillo, una copita de whisky y una novela con un bonito asunto policiaco en ella.

PRAED (Con vehemencia.) No lo creo, no lo quiero creer. Soy un artista y me niego á creerlo.

(Con entusiasmo.) Ah, señorita; todavía usted no ha descubierto las maravillas para las que el arte puede darle la llave.

VIVIE

Ya lo creo que las he descubierto. En Mayo de este año pasé seis meses en Londres con Honoria Fraser. Mamá creía que hacíamos juntas un viaje de turistas, pero en realidad estuve en la oficina de Honoria, en Chancery Lane, trabajando allí todos los días en estadísticas de seguros, todo lo bien que lo puede hacer un principiante. Por las noches fumábamos y charlábamos, y no pensábamos en salir sino para algún paseo higiénico. Nunca gocé más en mi vida. Cubrí todos mis gastos con lo que gané y me puse al tanto de los negocios sin pagar aprendizaje.

PRAED

¡Pero hija mía, usted llama eso iniciarse en las maravillas del arte!

NIVIE

Espere usted un poco. No he dicho nada todavía. Recibí y acepté una invitación de una familia con aficiones artísticas, que vivía en la Avenida Fitzjohn: una de las muchachas era una discípula mía de Newnham (1). Me llevaron a la Galería Nacional, a la Opera y a un concierto en que se tocó toda la noche Beethoven y Wagner y etcétera. No quisiera por todo en el mundo volver a pasar por aquello. Resistí por cortesía durante tres días. Luego dije sin más ni más que no me era posible estar más y volví a Chancery Lane. Ahora sabe usted qué clase de muchacha moderna deliciosa soy yo. ¿Cómo cree usted que me las entenderé con mamá?

PRAED

(Perplejo.) Bien, espero...

VIVIE

No pregunto lo que usted espera, sino lo que usted cree.

PRAED

Pues bien, francamente... si he de decir la verdad... me temo que su mamá tendrá alguna desilusión. No por alguna deficiencia

(1) Pronúnciese Niunhem, con h aspirada.—N. del T.

de parte de usted, nada de eso, al contrario; pero usted es tan diferente de su ideal...

VIVIE ¿Y cuál es su ideal?

PRAED No sé cómo decirle. Habrá usted notado, señorita, que las personas que no están contentas con la manera de que se las ha criado, se imaginan que el mundo sería perfecto si á los demás se los criara de modo absolutamente diferente. Bueno, pues la vida de su mamá ha sido, usted sabra...

VIVIE No sé nada. (Praed está atónito. Su consternación crece á medida que ella prosigue) Precisamente es la dificultad con que lucho. Usted olvida, Mr. Praed, que yo apenas conozco á mi madre. Desde niña he vivido en Inglaterra, en la escuela ó en la universidad, ó con gente encargada de cuidarme. Durante toda mi vida he vivido de huésped en casas ajenas, y mi madre ha vivido en Bruselas ó en Viena, y jamás me ha dejado ir con ella. Solo la he visto cuando visitaba á Inglaterra por pocos días. No me quejo, no crea usted: no lo he pasado mal, después de todo; la gente ha sido siempre muy buena para conmigo, y siempre he tenido mucho dinero para vivir bien. Pero con todo eso no sé nada de mi madre. De eso sé menos que usted.

PRAED (Muy apurado.) En ese caso... (Se interrumpe sin saber qué decir; luego con un esfuerzo para parecer alegre.) Pero qué tonterías estamos hablando. ¿Qué duda hay de que usted y su mamá se entenderán perfectamente? (Se levanta y mira hacia afuera.) ¡Qué sitio más bonito es este donde usted vive!

VIVIE (Inconmovible.) Si usted se figura que hace usted otra cosa que confirmar mis peores sospechas al querer cambiar de conversación de esa manera, me toma usted por una tonta mucho mayor de la que espero ser.

PRAED ¡Sus peores sospechas! ¡Oh, no hable usted así, se lo suplico! Ahora sobre todo.

VIVIE ¿Por qué no se puede hablar del género de vida de mi madre?

PRAED Comprenda usted, señorita, que cierta delicadeza me impide hablar, con la hija de mi antigua amiga, del pasado de ella. No le faltará á usted ocasión de hablar con ella de esas cosas cuando venga. (Cada vez más incómodo.) ¡Me choca que no esté ya aquí!

VIVIE No, tampoco querrá hablar de ello. (Levantándose.) De todos modos, Mr. Praed, no quiero insistir con usted. Pero tenga usted la seguridad de que va á haber una batalla colosal cuando mi madre oiga mi proyecto de Chancery Lane.

PRAED (Melancólicamente.) Me lo temo.

VIVIE Y esa batalla yo la ganaré, porque no exijo más que el precio de mi viaje á Londres, en donde pienso ganarme la vida trabajando como un demonio para Honoria. Luego yo no tengo misterios que tapar, y parece que ella sí los tiene. Echaré mano de esta ventaja si hace falta.

PRAED (Grandemente escandalizado.) ¡Oh, no, por Dios, usted no hará eso!

VIVIE ¿Por qué no? dígame.

PRAED No sé decirle. Apelo á sus buenos sentimientos (Ella sonríe de su sentimentalismo.) Además, no se fíe usted. Con su madre no se puede jugar cuando se enfada.

VIVIE No me asusta usted, Mr. Praed. En aquellos meses que pasé en Chancery Lane tuve ocasión de habérmelas con dos ó tres señoras como mi mamá, que habían venido á consultas con Honoria. Tal vez usted-me ayude en ganar la partida. Pero si en mi ignorancia pego más duro de lo necesario, no olvide usted que fué usted el que se negó á enterarme de lo que debiera saber. Ahora hablemos de otra cosa. (Toma su silla y la vuelve á colocar cerca de la hamaca con el mismo vigoroso movimiento que antes.)

PRAED (Tomando una resolución desesperada.) Permita usted, señorita. Más vale que yo hable. Es muy difícil, pero en fin...

(La señora Warren y Sir Jorge Crofts llegan á la puerta. Ella es una jamona entre los cuarenta y los cincuenta.)

cuenta años, de buen ver, vistosamente vestida. Lleva un magnífico sombrero y una blusa clara muy ceñida á su busto y con mangas á la moda. Es algo caprichosa y dominante, pero, en resumidas cuentas, una jamaña muy presentable.)

(Crofts es un hombrón de gran estatura, de unos cincuenta años de edad, vestido á la moda por el estilo de un joven. Su voz es nasal y algo atiplada, contrastando con su complexión robusta. Va limpiamente afeitado, tiene un hocico de perro dogo, grandes orejas aplanadas y el cuello muy gordo, una combinación señoril de los tipos más brutales de Londres: del hombre de negocios, del hombre de deportes y del hombre de mundo.)

VIVIE Ya están ahí. (Yendo á su encuentro cuando entran en el jardín.) ¿Cómo estás, mamá? Hace ya media hora que está aquí Mr. Praed esperando.

SRA. WAR. Si usted ha tenido que esperar, amigo Praed, es culpa de usted. ¿No sabía usted que yo venía con el tren de las tres y diez? Vivie, ponte el sombrero, querida, que el sol quema la tez. ¡Oh, yo olvidaba presentaros! Este caballero es Sir Jorge Crofts, un buen amigo mío; Sir Jorge, esta es mi hija Vivie. (Crofts avanza hacia Vivie del modo más cortés. Ella meneá ligeramente la cabeza, pero no le presenta la mano.)

CROFTS ¿Puedo dar la mano á una señorita á quien conozco desde hace mucho tiempo de oídas como á hija de una de mis más antiguas amigas?

VIVIE (Después de mirarle con atención desde la cabeza hasta los pies.) Con mucho gusto. (Ella aprieta la mano que él le tiende, tan fuertemente, que se le abren los ojos desmesuradamente; luego le vuelve la espalda y dice á su madre.) Mamá, ¿quieres entrar ó saco algunas sillas más? (Entra en el portal para coger sillas.)

SRA. WAR. Y bien, Jorge, ¿qué piensa usted de ella?

CROFTS (En tono lastimero.) Tiene un puño de hierro. ¿Usted le ha dado la mano, Praed?

PRAED Sí, pero ya se me va pasando. (Estira los dedos.)

CROFTS Menos mal. (Vivie reaparece con dos sillas más.)

El se precipita para ayudarla.) ¿Me permite usted?

SRA. WAR. (En tono protector.) Querida, deja que Sir Jorge te ayude á traer las sillas.

VIVIE (Hincándole las dos sillas entre los brazos.) Tome usted. (Se quita el polvo de las manos y se vuelve hacia la señora Warren.) ¿Querrás tomar un poco de té, verdad?

SRA. WAR. (Sentándose en la silla de Praed y abanicándose.) Me muero de sed; tengo que beber algo.

VIVIE Voy á ver si encuentro alguna bebida. (Entra en la casa. Mientras tanto Sir Jorge ha estado desdoblado una silla y la coloca junto á la de la señora Warren, á su izquierda. Tira la otra sobre la yerba y se sienta, con aire abatido y como avergonzado, con el puño de su bastón en la boca. Praed, todavía desagradablemente impresionado, se pasea nervioso por el jardín á la derecha de la señora.)

SRA. WAR. (A Praed, mirando hacia Crofts) Mírele usted, Praed: qué aire más regocijado tiene el amigo Crofts. Desde hace tres años me ha venido jeringando para que le enseñe aquel diablo de hija mía, y ahora que hice su voluntad, está como desconcertado. (Jocosa y viva) Levante usted esa cabeza, Jorge, y sáquese el bastón de la boca. (Crofts obedece malhumorado.)

PRAED Me parece á mí—vamos, si ustedes no lo toman á mal—que debiéramos dejar de considerar á Vivie como una chiquilla. Ya han visto las distinciones que ha conquistado en sus estudios. Y, por lo que he visto en ella, no estoy seguro de que no sea más vieja que cualquiera de nosotros.

SRA. WAR. (Riendo.) ¡Qué gracioso! ¿Lo ha oído usted, Jorge? Más vieja ella que cualquiera de nosotros. ¡Ay! amigo Praed, veo que no se ha sabido dar poca importancia para con usted la niña.

PARED A la gente joven hay que hacerla alguna concesión en ese sentido.

SRA. WAR. Y á la gente joven hay que quitarle de la cabeza las tonterías y otras muchas cosas. No se meta usted en eso, Praed. Sé cómo he

de tratar á mi hija tan bien como usted.
(Praed, con un meneo de cabeza serio pasea hacia arriba por el jardín con las manos por la espalda. La señora Warren trata de reír, pero le sigue con la mirada con visible inquietud. Luego cuchichea hacia Crofts.) ¿Qué tiene? ¿Por qué toma la cosa así?

CROFTS (Malhumorado.) ¿Se asusta usted de Praed?

SRA. WAR. ¡Qué! ¡Yo, asustarme de Praed! Esa sí que es buena. Ni una mosca se asusta de él.

CROFTS Usted se asusta de él.

SRA. WAR. (Enfadada.) Hágame usted el favor de meterse en sus propios asuntos y no hacerme pagar á mí su mal humor. De todos modos, de usted sí que no me asusto. Si no sabe usted hacerse agradable, lo mejor será que vaya usted á su casa. (Se levanta y, volviéndole la espalda, se encuentra frente á frente con Praed.) Venga usted, Praed. Estoy segura de que su buen corazón le engaña. Usted lo que teme es que la trate con demasiada brusquedad.

PRAED Querida Catalina, usted se cree que estoy resentido. Pues no hay nada de eso. Por Dios, no hay para qué. Pero usted sabe que muchas veces yo noto cosas que á usted se le escapan; y aunque nunca sigue usted mis consejos, algunas veces confiesa usted que hubiese debido seguirlos.

SRA. WAR. Bien, ¿y qué nota usted ahora?

PRAED Pues nada, sino que Vivie es una persona mayor de edad. La ruego, Catalina, que la trate usted con todo el respeto posible.

SRA. WAR. (Con no fingida admiración.) ¡Con respeto! ¡Tratar á mi propia hija con respeto! ¿Qué más? Diga usted.

VIVIE (Apareciendo en la puerta de la quinta y llamando á su madre.) Mamá, ¿quieres subir á mi cuarto y quitarte el sombrero antes del té?

SRA. WAR. Sí, querida. (Sonríe con indulgencia hacia Praed y al pasar delante de él para ir al portal le da unos golpecitos con la mano en la mejilla. Sigue á Vivie adentro.)

CROFTS (Furtivamente.) Oiga usted, Praed.

PRAED Usted dirá.

- CROFTS Quisiera hacerle una pregunta algo particular.
- PRAED Hable usted. (Toma la silla de la señora Warren y se sienta junto á Crofts.)
- CROFTS Así, así, no sea que nos oigan desde la ventana. Diga usted, Praed, ¿le ha dicho Catalina alguna vez quien es el padre de la muchacha?
- PRAED Nunca.
- CROFTS ¿Tiene usted alguna idea de quién pueda ser?
- PRAED Ninguna.
- CROFTS (No creyéndole) Vamos, comprendo que usted se sienta obligado á no hablar si ella le ha dicho algo. Pero comprenda usted que es algo violento estar en la ignorancia acerca de eso, ahora que habremos de vernos todos los días con la muchacha. No sabemos, en el fondo, cuales son los sentimientos que hemos de tener para con ella
- PRAED ¡Qué cosas dice usted! La trataremos según sus méritos. A nosotros, ¿qué nos importa quién fuera su padre?
- CROFTS (Suspica.) Entonces, ¿usted sabe quién es?
- PRAED (Algo impaciente.) Acabo de decir que no. ¿No me oyó usted?
- CROFTS Mire usted, Praed, se lo pido como un favor particular; si usted lo sabe, (Movimiento de protesta por parte de Praed) digo solamente en el caso de que usted lo sepa, podría usted al menos tranquilizarme á mí. El caso es que me es muy simpática la muchacha. No se alarme usted. Se trata de un sentimiento puro é inocente. Es lo que me trastorna. Y la razón es que, por todo lo que yo sé, yo podría ser su padre
- PRAED ¡Usted! Imposible. ¡Quiá, qué tontería!
- CROFTS (Tratando de cogerle por la malicia.) Usted sabe con seguridad que no soy yo.
- PRAED Le digo á usted que no sé nada más que usted acerca de ello. Pero en realidad, Crofts... no, no, no hay duda. No hay la más mínima semejanza.
- CROFTS En cuanto á eso tampoco, por lo que yo

puedo ver, hay el menor parecido con la madre. Supongo que no es hija de usted, diga.

PRAED

(Contesta con una mirada de extrañeza y de indignación; pero pronto recobra su calma y responde con dulzura y seriedad.) Escúcheme usted, mi querido Crofts. No tengo nada que ver con aquel aspecto de la vida de la señora Warren, ni nunca he tenido que ver. Ella nunca me ha hablado de eso y es claro que yo tampoco le he hablado de ello. Debe usted comprender que una mujer bonita necesita algunos amigos que no sean .. vamos, que no tengan con ella esa clase de relaciones. Su propia hermosura llegaría á ser un tormento para ella si no pudiese algunas veces escaparse de sus efectos ordinarios. Usted probablemente tiene con Catalina mucha mayor confianza que yo. ¿Por qué no le pregunta á ella directamente?

CROFTS

(Levantándose con impaciencia.) La he preguntado bastantes veces. Pero ella está tan decidida á conservar la niña para ella sola que, si pudiese, hasta negaría que pueda haber tenido padre. No, no se puede sacar nada por ese lado. Estoy verdaderamente desesperado.

PRAED

(Levantándose también.) Bueno, pues como de todos modos usted tiene la edad suficiente para ser su padre, ¿odríamos, si le parece, convenir en que ambos miráremos á Miss Vivie como si fuese pariente nuestra, como una joven á quien estamos obligados á proteger y ayudar. Por lo demás, el padre verdadero, sea quien sea, será probablemente un canalla.

CROFTS

(Agresivo.) No soy más viejo que usted si es lo que usted ha querido decir.

PRAED

Sí lo es usted, amigo mío. Usted ha nacido viejo, yo nací niño y niño me he quedado.

SRA. WAR.

(Llamando desde dentro.) Vamos, señores, el té está listo.

CROFTS

(Precipitadamente.) Nos llaman. (Entra á prisá. Praed meneá la cabeza como quien prevé cosas graves

y sigue despacio, cuando se oye llamar por un caballero joven que acaba de aparecer detrás de la empalizada y se dirige hacia la puerta del jardín. Es un muchacho simpático, guapo, elegantemente vestido, y por las trazas un vago y calavera, de unos veinte años, con una voz de timbre encantador. Sus maneras son muy desahogadas. Lleva una ligera escopeta de caza.)

FRANK

¡Hola, Praed!

PRAED

Cómo, ¿usted por aquí, Frank Gardner?

(Frank entra y le aprieta cordialmente la mano.)

¿Qué demonio hace usted por estos andurriales?

FRANK

Estoy en casa de mi padre.

PRAED

El reverendo; ¿qué es de él?

FRANK

Es rector en Haslemere. Yo vivo con mis padres este otoño por razones económicas. En Julio hubo una crisis: el reverendo tuvo que pagar mis deudas. A consecuencia de ello está que bufa. Yo también. ¿Pero usted qué hace aquí en esta región? ¿Conoce usted gente de por aquí?

PRAED

Sí; he venido convidado aquí por una señorita Warren.

FRANK

(Con entusiasmo.) Cómo, ¿usted conoce á Vivie? Qué muchacha más simpática, ¿verdad? La estoy enseñando á tirar; mire. (Euseñando la escopeta.) ¡Cuánto me alegro de que usted la conozca! Usted es precisamente de la clase de hombres que á ella le conviene conocer. (Sonríe y da á su bonita voz una entonación de canto al exclamar.) Pero qué bien, Praed, encontrarle á usted aquí. ¡Cuidado con el amigo Praed!

PRAED

Soy un antiguo amigo de su madre. La señora Warren me trajo para que conociera á su hija.

FRANK

¡La madre! ¿Está aquí?

PRAED

Sí, ahí dentro está tomando té.

SRA. WAR

(Llamando desde adentro.) Vamos, Praed, que el té se está enfriando.

PRAED

(Gritando.) Bueno, señora, ya voy. Acabo de encontrarme aquí con un amigo.

SRA. WAR

¿Con un qué?

- PRAED (Más alto.) Un amigo.
SRA. WAR Suba usted con él.
PRAED Bien. (A Frank.) ¿Quiere usted aceptar la invitación?
FRANK (Incrédulo, pero muy regocijado.) ¿Es esa la madre de Vivie?
PRAED Sí, hombre.
FRANK Vaya una casualidad. Me hace gracia. ¿Cree usted que le seré simpático?
PRAED Ni duda tiene. Entre usted y verá. (Haciéndose hacia la casa.)
FRANK Espere usted un momento. (serio.) Necesito hacerle á usted una confesión.
PRAED Por Dios, no lo haga. Alguna nueva locura como aquella de la camarera de Redhill
FRANK No, amigo Praed. Es cosa mucho más seria. ¿Dice usted que ha hablado sólo una vez con Vivie?
PRAED Sí.
FRANK (Con arrobamiento.) ¡Entonces usted no puede imaginarse qué muchacha es! ¡Qué carácter! ¡Qué inteligencial! ¡Qué lista es! Le aseguro á usted, Praed, que es lista: y tiene un corazoncito más amante...
CROFTS (Asomando la cabeza á la ventana.) ¿Pero qué es de usted, Praed? ¿Sube usted ó no sube? (Desaparece.)
FRANK ¡Caramba, con ese morro podría ese hombre hacer competencia á un dogo y ganarse un premio en una exposición canina. ¿Quién es ese?
PRAED Pues es Sir Jorge Crofts, un antiguo amigo de la señora Warren. Creo que lo mejor será que subamos.
(Al ir hacia el portal son interrumpidos por una llamada desde la puerta del jardín. Volviéndose, ven á un sacerdote (protestante) de alguna edad, quien mira hacia ellos.)
GAR. (Gritando.) ¡Frank!
FRANK ¡Hola, papá! (A Praed.) Es mi padre. Entre usted á tomar el té. Yo subiré luego.
PRAED Muy bien. (Levanta el sombrero para saludar al sacerdote, quien contesta desde lejos. Praed entra en la casa. El sacerdote permanece tieso por fuera de la

puerta con ambas manos sobre el borde superior. El reverendo Samuel Gardner, párroco, es un hombre de más de cincuenta años, pretencioso, soberbio. Habla siempre fuerte y trata, aunque en vano, de imponer su autoridad como padre y como sacerdote)

GAR. Bueno, caballero, quiénes son sus amigos aquí, ¿se puede saber?

FRANK No te preocupes, papá. Es buena gente. Entra, hombre.

GAR. No, señor, no entraré antes de saber quién vive aquí.

FRANK ¿Quién vive aquí? Pues la señorita Warren.

GAR. No conozco á la tal señorita. No la he visto en mi iglesia.

FRANK No tiene nada de particular. Ha salido sobresaliente de la Universidad. Tiene más instrucción que tú. ¿A qué había de ir á oírte predicar?

GAR. No me falte usted al respeto, caballero.

FRANK Pero, papá, si nadie nos oye. Entra, te digo. (Abre la puerta y sin más empuja á su padre adentro.) Quiero presentarte. Ella y yo nos entendemos admirablemente; es encantadora. ¿Recuerdas el consejo que me diste en el mes de Julio pasado?

GAR. (severo.) Sí, te aconsejé que abandonarás tu vagancia y tu informalidad, y trabajarás para conquistar una posición decente y no siguieras siendo una carga para mí.

FRANK No lo dijiste así; recuerdo muy bien tus palabras. Me dijiste que, puesto que yo no tengo ni seso ni dinero, haría mejor, ya que no soy feo, en tratar de casarme con una mujer que tuviese las dos cosas que á mí me faltan. Pues, mira, la señorita Warren tiene mucha inteligencia.

GAR. La inteligencia no lo es todo.

FRANK Claro que no; hay también el dinero...

GAR. (Interrumpiéndole con fingida indignación) No me refiero al dinero, sino á cosas más altas, como por ejemplo...

FRANK Papá, yo me río de las cosas más altas.

GAR. Yo no.

FRANK Eso no tiene que ver, puesto que no eres tú

el que se quiere casar con ella. El caso es que tiene un alto título universitario y además parece que tiene mucho dinero.

GAR. Para mantenerte á tí, ya tiene que tener.
FRANK Pero, papá, qué cosas dices. Después de todo, no soy nada gastador. Yo no bebo, ni apuesto, ni juego ni corro las juerguecitas que tú cuando tenías mi edad.

GAR. (Iracundo.) Silencio, caballero.
FRANK ¿No me lo dijiste tú mismo cuando estaba yo hecho un burro por aquella camarera de Redhill? Hombre, sí, me dijiste que una vez ofreciste á una mujer cincuenta libras esterlinas por las cartas que le escribiste cuando...

GAR. (Aterrado.) ¡Calla, por Dios! (Mira inquieto á su alrededor. No viendo á nadie que pudiese oír, quiere regañar de nuevo, pero lo hace con más suavidad.) Haces un abuso muy feo de lo que te confié para tu propio bien, con objeto de salvarte de una equivocación que te hubiese pesado toda la vida. Toma ejemplo salutarario de los extravíos de tu padre, pero no quieras ponerlos como excusa para tus propias locuras.

FRANK ¿No conoces la historia del Duque de Wellington y sus cartas?

GAR. No, ni falta que hace.
FRANK Pues te aseguro que Wellington no era como tú. Escribió lo siguiente: «Mi querida Juana. Publicalas y vete al demonio. Siempre tuyo, Wellington». Eso es lo que tú hubieras debido hacer en vez de ofrecer cincuenta libras.

GAR. (Con tono lastimero.) Frank, hijo mío, al escribir aquellas cartas entreguéme atado á aquella mujer. Al hablarte de el o también me entregué, en cierto modo, siento tener que decírtelo, atado á tí. Ella rechazó mi dinero con estas palabras, que nunca olvidaré: «Conocimiento equivale á poder, y yo no vendo poder». Esto hace más de veinte años, y jamás hizo uso de su poder ni me causó un solo momento desagradable. Tú te portas peor conmigo que ella, Frank.

FRANK Estoy por decir que sí. Pero, dime, ¿le has hecho á ella las predicaciones que me haces todos los días?

GAR. (Casi llorando) Te dejo, ingrato. Eres incorregible. (Se vuelve hacia la puerta del jardín.)

FRANK Papá, haz el favor de decir en casa que no iré á tomar el té. ¿Quieres? (Va hacia la puerta de la casa, en donde se encuentra con Vivie, que sale seguida de Praed, Crofts y la señora Warren.)

VIVIE (A Frank.) ¿Ese es su padre, Frank? Tendré mucho gusto en conocerle.

FRANK Sí es. (Llamando á su padre.) Papá. (El reverendo se vuelve y se quita, torpe y nervioso, el sombrero para saludar. Praed baja por el jardín por el lado opuesto, preparándose á recibir con cortesías al sacerdote. Crofts se mueve alrededor de la hamaca, empujándola con su bastón para hacerla oscilar. La señora Warren se para en el dintel mirando fijamente hacia el clérigo.) Permitan que les presente... mi padre... La señorita Warren

VIVIE (Yendo hacia el clérigo y apretándole la mano.) Mister Gardner, me alegro mucho de conocerle. Voy á presentar á todos. Mr. Gardner, Mister Frank Gardner, Mr. Praed, Sir Jorge Crofts y... (Cuando los hombres están saludándose mutuamente, quitándose y volviéndose á poner el sombrero, Vivie es interrumpida por una exclamación de su madre, quien se precipita hacia el reverendo.)

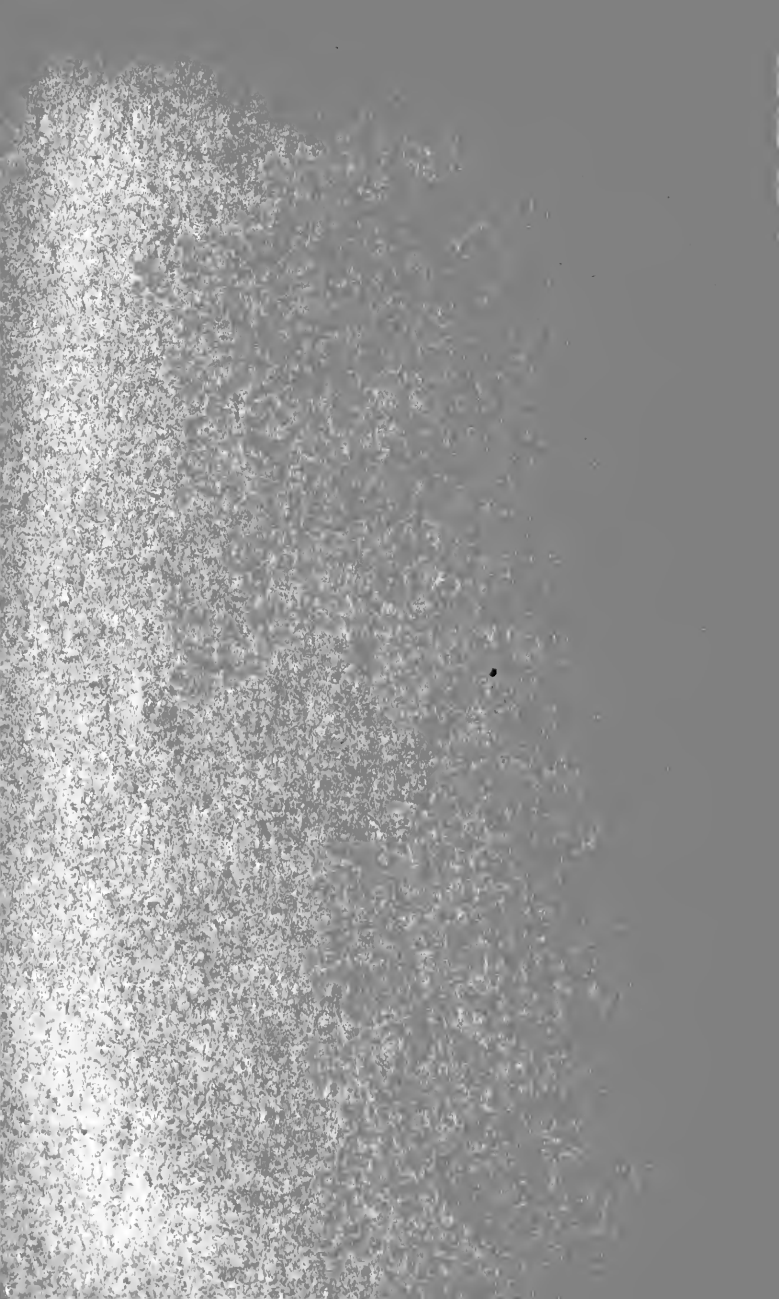
SRA. WAR. Cómo, es Sam Gardner, hecho un clérigo. ¿No nos conoce usted, Sam? Este es Jorge Crofts, que ha crecido desde que le vió usted la última vez. Y á mí, ¿no me recuerda usted?

GAR. (Muy colorado.) Yo, realmente...

SRA. WAR. Debe usted recordarme. Todavía tengo todo un album lleno de cartas tuyas. Hace poco que las encontré.

GAR. (Muy confuso.) La señorita Vavasuer, creo.

SRA. WAR. (Bajando la voz.) Calle usted... ¡Qué tontería! Soy la señora Warren. ¿No ve usted allí á mi hija?





ACTO SEGUNDO

En el interior de la quinta, después de anochecer. Mirando hacia el Este desde adentro en vez de mirar hacia el Oeste desde afuera, la ventana enrejada, con sus cortinas cerradas, ahora aparece en medio de la pared de enfrente, con la puerta principal á la izquierda. En la pared de la izquierda está la puerta que da á la otra ala del edificio. Más atrás junto á la misma pared hay un chinero y encima de él una vela y una caja de cerillas. Al lado de dicho aparador está la escopeta de Frank, con el cañón apoyado en el cuerpo superior del mueble. En el centro hay un velador con una lámpara encendida. Los libros y papeles de Vivie están en una mesa á la derecha de la ventana, junto á la pared. La chimenea, en la que no hay fuego, está á la derecha. Delante hay un sillón de madera. Dos sillas hay á la derecha y la izquierda de la mesa.

(La puerta de la quinta está abierta y deja ver una hermosa noche estrellada. La señora Warren, envuelta en una toquilla prestada por Vivie, entra seguida de Frank. Está harta de pasear y lanza un suspiro de descanso al quitarse los alfileres del sombrero; se lo quita, clava los alfileres en la copa del sombrero y lo coloca en la mesa.)

SRA. WAR. ¡Dios mío, no sé qué es lo peor en el campo, el pasear ó el estar en casa sin saber qué hacer! No me vendría mal ahora un whisky con seltz, si hubiese semejantes cosas en este sitio.

- FRANK. (Ayudándola á quitarse la toquilla y acariciándole con los dedos el hombro del modo más suave posible.) Tal vez Vivie tenga un poco.
- SRA. WAR. (Le mira al soslayo un momento al notar la caricia.) Calle usted. ¡Una muchacha como ella va á tener licoreas en casa! No faltaba más. En fin, me pasaré sin ello. (se deja caer, con cansancio, sobre una silla junto á la mesa.) No sé cómo la pobrecita puede vivir aquí. Por mi parte me gustaría más estar en Viena.
- FRANK. Déjeme usted ayudarla. (Dobla cuidadosamente la toquilla, la coloca en el respaldo de la otra silla y se sienta enfrente de la señora Warren.)
- SRA. WAR. Está usted bueno. Empiezo á creer que es usted el hijo de su padre.
- FRANK. De tal palo, tal astilla, ¿verdad?
- SRA. WAR. Calle usted. ¿Qué sabe usted de esas cosas, criatura.
- FRANK. Lléveme usted á Viena. Tenga usted un arranque.
- SRA. WAR. Nada de eso. Viena no es conveniente para usted hasta que no tenga unos años más. (Menea la cabeza para dar más fuerza á sus palabras. El pone una cara contrita, desmentida por sus ojos rientes. Ella le mira, luego se levanta y va hacia él.) Mire usted aquí, niño. (Tomando su cara, dé él, entre sus manos y levantándola hacia ella.) Le conozco perfectamente por lo mucho que se parece á su padre, le conozco mejor de lo que usted mismo se conoce. No se haga ideas locas respecto de mí. ¿Entiende usted?
- FRANK. (Galante, con voz insinuante.) Señora, no puedo remediarlo, es cosa de herencia. (Ella trata de darle una manotada; luego mira, por un momento, tentada, aquella cara bonita riendo levantada hacia ella. Por fin le besa é inmediatamente se aparta, al fin de su paciencia consigo misma.)
- SRA. WAR. Vamos. No está bien lo que hago. Estoy loca. No haga usted caso, niño, fué sólo un beso maternal. Ande y haga el amor á Vivie.
- FRANK. Es lo que hice.
- SRA. WAR. (Volviéndose con una nota aguda de alarma en la voz.) ¡Qué!

FRANK Vivie y yo somos muy buenos amigos.
SRA. WAR. ¿Cómo es eso? Mire usted, no quiero que un calavera como usted se entretenga con mi niña. ¿Lo entiende usted? No quiero.

FRANK (Nada avergonzado) Señora, no se apure usted. Mis intenciones son honradas, del todo honradas; y su niña, créamelo usted, es bastante para guardarse á sí misma. Y no tiene tanta necesidad de que tengan cuidado de ella como su madre. No es tan guapa, ¿sabe?

SRA. WAR. Pues, hijo, no es usted poco desahogado. No sé de quién ha sacado usted eso. De su padre, no, quiá. (Voces y pasos en el portal.) Chitón, oigo á los demás que vienen. (Se sienta precipitadamente.) No lo olvide, está usted advertido. (El reverendo Samuel entra seguido de Crofts.) ¿Qué hacen ustedes? ¿Dónde están Praed y Vivie?

CROFTS (Poniendo su sombrero sobre el sillón y su bastón en el rincón de la chimenea.) Han subido por el cerro. Nosotros fuimos hacia el pueblo. Yo tenía necesidad de beber algo. (Se sienta en el sillón, colocando sus piernas arriba por encima de un brazo del mismo.)

SRA. WAR. Pues esa niña no debiera marcharse así sin decirme á mí nada. (A Frank.) Frank, dé usted una silla á su padre. ¿Qué educación es esa? (Frank se levanta de un salto y amablemente ofrece á su padre su propia silla; luego toma otra de junto á la pared y se sienta á la mesa, en el medio, con su padre á su derecha y la señora Warren á su izquierda.) Jorge, ¿en dónde piensa usted pasar la noche? Porque aquí no puede ser. Y Praed, ¿en dónde va á dormir?

CROFTS Gardner me dará albergue.

SRA. WAR. Ya veo que procura usted por sí. Pero, ¿Praed?

CROFTS No sé. Supongo que dormirá en la posada.

SRA. WAR. ¿No tiene usted sitio para él, Sam?

GAR. Hombre, tanto como sitio sí tengo. Pero, mire usted, como párroco que soy del pueblo, no puedo hacer todo lo que quiero. Dígame, ¿quién es ese señor Praed?

- SRA. WAR. ¡Oh, no tenga usted reparo: es arquitecto, una persona decente!
- FRANK Sí, papá, él es quien construyó allá en Monmouthshire aquel edificio para el duque de Beaufort; creo que la llaman la Abadía de Tintern. Habrás oído hablar de esa abadía. (Guiña un ojo á la señora Warren y mira á su padre con una sonrisa.)
- GAR. ¡Oh, en ese caso tendré muchísimo gusto! Supongo que conoce personalmente al duque de Beaufort.
- FRANK Es íntimo suyo. Podemos meterle en el antiguo cuarto de Jorgina.
- SRA. WAR. Bueno, eso está arreglado. Ahora falta que vengan esos dos y podamos cenar. Hacen mal en estar así fuera con una noche tan oscura.
- CROFTS (Agresivo.) ¿Qué daño le hacen á usted?
- SRA. WAR. Ninguno. Pero no me gusta.
- FRANK Lo mejor, señora, será no esperarlos. Praed tardará en venir lo más posible. No ha sabido nunca antes lo que era pasearse por el monte en una noche de verano con mi Vivie.
- CROFTS (Volviéndose con viveza hacia él.) ¡Carambo, usted sí!
- GAR. (Dejando sus modales profesionales y hablando con sinceridad.) Mira, Frank, no puede ser. Ya te lo dirá la señora.
- CROFTS Claro que no puede ser.
- FRANK (Con tranquilidad encantadora.) ¿Es así, señora?
- SRA. WAR. (Reflexiva.) No sé, Sam. Si la muchacha desea casarse, ningún bien puede venir de impedirselo.
- GAR. (Aterrado.) ¿Pero casado con él! ¡Su hija de usted con mi hijo! Reflexione, es imposible.
- CROFTS Eso es. No sea usted loca, Catalina.
- SRA. WAR. (Enfadada.) ¿Por qué? ¿No es mi hija bastante buena para su hijo de usted?
- GAR. Sí, hombre, sí... pero usted sabe la razón.
- SRA. WAR. No conozco ninguna razón. Si existe alguna, dígasela al muchacho, ó á ella, ó á sus feligreses, si usted quiere.
- GAR. (Desesperado.) Usted sabe muy bien que no

puedo decir la razón á nadie. Pero mi hijo me creerá si le digo que existe tal razón.

FRANK Sí, papaito, te creeré. ¿Pero has visto alguna vez que tu hijo se dejara influir por tus razones?

CROFTS Usted no puede casarse con ella; hé aquí todo. (Se levanta y se pone de pie, con la espalda hacia la chimenea, y frunciendo el ceño con aire decidido.)

SRA. WAR. (Mirándole con ira.) ¿Usted qué tiene que meterse en eso?

FRANK Es precisamente lo que yo me iba preguntando.

CROFTS (A la señora Warren.) Supongo que no necesita usted casar á la muchacha con un hombre más joven que ella, sin oficio ni beneficio. Pregúnteselo á Sam, si no me quiere creer á mí. (Al clérigo.) ¿Cuánto dinero piensa usted darle?

GAR. Ni un ochavo más. Ya se ha gastado su patrimonio hasta el último penique. (La cara de la señora Warren decae.)

CROFTS (Mirándola con atención.) ¿Ve usted? ¿No lo decía yo? (Vuelve á su sitio en el sillón y coloca las piernas como antes, como si considerara el asunto concluido.)

FRANK (Quejumbroso.) ¡Qué prosáicos son ustedes! ¿Es que esa muchacha se va á casar por el dinero? Si nos queremos...

SRA. WAR. Gracias, hijo mío. Del amor solo no se puede vivir. Si usted no tiene nada, el asunto está terminado, no puede casarse con Vivie.

FRANK (Bromeando.) ¿Qué dices á todo eso, papá?

GAR. Doy la razón á la señora Warren.

FRANK Y el bueno del señor Crofts ya dijo su opinión.

CROFTS (Volviéndose iracundo sobre su codo.) Oiga usted, muchacho, hable usted con más respeto.

FRANK Siento mucho tener que decirselo, Crofts. Hace un momento se tomó usted la libertad de hablarme como si fuese mi padre. Tengo bastante con un padre, ¿sabe usted?

CROFTS (Despreciativo.) ¡Bah! (Se vuelve otra vez.)

FRANK. (Levantándose.) Señora, no puedo renunciar á Vivie, ni aun por usted.

SRA. WAR. (Gruñendo.) ¡Joven calavera!

FRANK (Continuando.) Y como seguramente no vacilará usted en hacer otras proposiciones, no voy á perder un momento mas y le explicaré á ella el caso. (Todos le miran atónitos y él declama graciosamente.)

O desconfía de su suerte,
ó sus arranques son bien pocos,
puesto que aventurar no quiere
jugarse el todo por el todo.

(Mientras está recitando, la puerta de la quinta se abre y Vivie y Praed entran. Se interrumpe. Praed coloca su sombrero sobre el chinero. Se produce una mejora inmediata en el modo de ser de la reunión. Crofts baja las piernas del brazo del sillón y se endereza, mientras Praed se pone á su lado cerca de la chimenea. La señora Warren abandona sus maneras descuidadas y empieza á regañar.)

SRA. WAR. ¿Pero dónde has estado, Vivie?

VIVIE (Quitándose el sombrero y echándolo sin cuidado sobre la mesa.) Por el monte.

SRA. WAR. Bueno, pero no debes salir sin decirme nada. ¿Cómo podía yo decir lo que había sido de tí... y tan entrada la noche?

VIVIE (Yendo hacia la puerta del cuarto interior y abriéndola, sin escuchar á su madre.) Y de la cena, ¿qué? Estaremos bastante apretados aquí; me temo...

SRA. WAR. ¿Has oído lo que he dicho, Vivie?

VIVIE (Con calma.) Sí, mamá. (Volviendo á la dificultad de la cena.) ¿Cuántos somos? (Contando.) Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Pues dos tendrán que esperar hasta que los demás hayan concluído. La patrona sólo tiene platos y cubiertos para cuatro.

PRAED Por mí no se preocupe. Yo...

VIVIE Nada. Usted ha dado un paseo largo y tendrá gana. Usted cenará en seguida. Yo sí puedo esperar. Necesito una persona que espere conmigo. Frank, ¿usted tiene apetito?

FRANK Ni pizca, nada; se lo aseguro.

SRA. WAR. (A Crofts.) Usted, Jorge, no tendrá gana. Usted puede esperar.

- CROFTS' ;Un demonio! No he comido nada desde la hora del té. ¿No podría esperar Sam?
- FRANK Usted quiere matar de hambre á mi pobre padre.
- GAR. (Regañón.) Déjame hablar por mi propia cuenta. Estoy perfectamente dispuesto á esperar.
- VIVIE (Con decisión.) No hace falta. Sólo dos tienen que esperar. (Abre la puerta del cuarto interior.) Mister Gardner, ¿quiere llevar adentro á mi mamá? (El reverendo da el brazo á la señora y pasan al cuarto contiguo. Praed y Crofts siguen. Todos menos Praed desaprueban abiertamente el arreglo, pero no ven la posibilidad de oponerse. Vivie está en la puerta y los mira.) ¿Puede usted meterse en ese rincón, Praed? Apenas si va usted á caber. Tenga usted cuidado de no mancharse el gaban en la cal de la pared. Vamos, ya se colocó. ¿Están ustedes bien así?
- PRAED (Dentro.) Perfectamente, gracias.
- SRA. WAR. (Dentro.) Querida, deja la puerta abierta. (Frank mira á Vivie, luego se desliza hacia la puerta que da al jardín y suavemente la abre del todo.) ¡Dios mío, qué corriente! Más vale que cierras, hija. (Vivie cierra inmediatamente. Frank sin ruido cierra la otra puerta.)
- FRANK (Con alegría.) ¡Ah, ya nos los quitamos de encima. Bueno, Vivie, ¿qué opina usted de mi papá?
- VIVIE (Preocupada y seria.) Apenas pude hablarle. No me parece que sea un águila.
- FRANK Bueno, ¿sabe usted? el viejo no es tan tonto como parece. Tenga usted en cuenta que es párroco de este pueblo, y al esforzarse á parecer digno y formal hace á veces el ridículo. No es malo el pobre vejete. Yo le quiero más de lo que aparento. ¿Usted cree que podría usted hacer buenas migas con él?
- VIVIE (Disciplente.) No creo que mi vida futura se relacione mucho con él ni con nadie de los antiguos amigos de mi madre, excepto Praed, tal vez. ¿Qué piensa usted de mi madre?
- FRANK ¿Con toda franqueza?

- VIVIE Sí, con toda franqueza.
- FRANK Es muy guapa. Pero creo que es peligrosa.
¡Y Crofts, Dios mío, Crofts!
- VIVIE ¡Qué elefante!
- FRANK ¡Qué mastodonte!
- VIVIE (Con desprecio hacia ellos.) Y pensar que he estado á punto de vivir como ellos sin fin ni ocupación, sin carácter y sin energía, yendo de una comida á otra. ¡Antes me abro una arteria y me desangro hasta morir!
- FRANK En eso no estoy conforme. ¿Por qué han de trabajar y penar si no lo necesitan? Quisiera tener su suerte. Lo que no me gusta, es su manera de ser. La encuentro ordinaria.
- VIVIE ¿Cree usted que su manera de ser de usted había de ser mejor que la de Crofts, si usted tuviese su edad y no trabajara?
- FRANK Ya lo creo que lo creo Vivie, no empiece usted á regañar, este niño es incorregible.
(Trata de cogerle la cara entre sus manos para acariciarla.)
- VIVIE (Bajándole la mano con rudeza.) Quieto. Vivie no tiene esta noche humor para mimar á su niño.
- FRANK ¡Qué poco amable!
- VIVIE (Pataleando.) Sea usted formal. Yo soy formal.
- FRANK Bueno. Hablemos como eruditos. Señorita, sabe usted que los más sesudos pensadores están conformes en que la mitad de las enfermedades de la civilización moderna son debidas á que las afecciones no hallan alimento durante la juventud. Ahora bien, yo...
- VIVIE (Interrumpiéndole bruscamente.) No sea usted cansado. (Abre la puerta interior.) ¿Tienen ustedes sitio para Frank? Se está quejando de la falta de alimento.
- SRA. WAR. (Dentro.) Aquí hay sitio, á mi lado. Entre usted, Frank. (Ruido de cubiertos y vasos cuando mueve las cosas en la mesa.)
- FRANK (Aparte á Vivie, al irse.) Esta me la pagará.
(Entra en la otra habitación.)
- SRA. WAR. (Dentro.) Vivie, ven tú también. Pobrecita,

estarás muerta de hambre. (Entra seguida de Crofts quien tiene la puerta abierta para Vivie con señalada deferencia. Ella sale sin mirarle, y él cierra la puerta detrás de ella.) Pero, Jorge, usted todavía no ha concluido; no ha comido usted nada.

CROFTS Yo no quería más que beber. (Se mete las manos en los bolsillos y empieza á dar vueltas por la habitación inquieto y malhumorado.)

SRA. WAR. Me gusta comer, pero con un poco de vaca fría, queso y ensalada no es para hartarse. (Suspira porque todavía tiene gana y se sienta perezosamente á la mesa.)

CROFTS ¿Por qué está usted animando á aquel mocoso?

SRA. WAR. (Súbitamente alerta.) Mire usted, Jorge, me pregunto yo, ¿qué ideas se lleva usted con respecto a mi hija? He observado cómo la miraba usted. Ya sabe usted que le conozco y lo que significan sus miradas.

CROFTS Creo que no hay mal en que la mire.

SRA. WAR. Le enseñaría yo á usted la puerta y le facturaba para Londres si notara que piensa usted en tonterías. El dedo meñique de mi hija para mí vale más que todo usted con cuerpo y alma. (Crofts escucha esto con sonrisa burlona. La señora Warren se ruboriza un poco de ver lo vano de su intento de imponer con su papel de madre celosa y añade con más suavidad.) Por lo demás, no se preocupe; el mocoso no tiene más probabilidades que usted.

CROFTS ¿Está prohibido que un hombre se interese por una muchacha?

SRA. WAR. Sí, tratándose de un hombre como usted.

CROFTS ¿Qué edad tiene?

SRA. WAR. ¿A usted qué le importa?

CROFTS ¿Por qué no lo quiere usted decir?

SRA. WAR. Porque no me da la gana.

CROFTS Bueno, todavía no tengo cincuenta años. Mi fortuna es considerable.

SRA. WAR. (Interrumpiéndole.) Sí, porque es usted tan ruin como vicioso.

CROFTS Soy noble. Ningún hombre de mi posición la quisiera á usted por madre política. ¿Por qué no se había ella de casar conmigo?

SRA. WAR. ¡Con usted!

CROFTS Los tres podíamos vivir muy ricamente. Yo me moriría antes que ella y la dejaría hecha una viuda rozagante con la mar de dinero. ¿Por qué no? La idea ha ido tomando incremento en mi cabeza por todo el tiempo que he estado paseando con aquel imbécil por ahí.

SRA. WAR. (Indignada.) ¡Esas son las cosas que se le ocurren á usted! (El para de dar vueltas; y los dos se miran, ella con firmeza, con una especie de respeto detrás de su asco despreciativo; él al soslayo, con un reflejo carnal en los ojos, y una mueca que quiere ser amable, para tentarla.)

CROFTS (Súbitamente intimidado y triste al ver que ella no muestra la más mínima simpatía.) Mire usted, Catalina, usted es una mujer de juicio, déjese usted de esos aires de moralidad. No voy á hacerle más preguntas, ni tiene usted que contestarme más. Pondré toda mi fortuna á nombre de Vivie, y si usted quiere una letra para usted para el día de la boda, usted dirá la cantidad que quiere... en razón.

SRA. WAR. ¡A esto ha llegado usted, Jorge! Lo que les pasa á todos los viejos desgastados.

CROFTS (Furioso.) Vaya usted á... (Ella se levanta súbitamente y se vuelve fieramente hacia él, pero en aquel preciso momento se abre la puerta del cuarto interior, y se oyen las voces de los que vuelven. Crofts, incapaz de recobrar su presencia de espíritu, se precipita fuera de la quinta. El clérigo vuelve á aparecer.)

GAR. (Mirando á su alrededor.) ¿En dónde está Sir Jorge?

SRA. WAR. Salíó para fumar una pipa; de modo que debe de estar echando humo. (Va á la chimenea y le vuelve la espalda para componerse. El clérigo se acerca á la mesa para coger su sombrero. Mientras tanto entra Vivie seguida de Frank, quien se deja caer en la silla más próxima con señales de sumo cansancio. La señora Warren mira hacia Vivie y con su aire afectado de madre solícita, aun más afectado que de costumbre, dice.) Bien, querida, has tenido una buena cena.

VIVIE Lo que son las cenas de la señora Alison,

nuestra patrona. (Se vuelve hacia Frank y le acaricia.) ¡Pobrecito Frank! todo el asado se había acabado y tuvo que contentarse con pan y queso y cerveza de gengibre. (Sería, como ya no queriendo bromear más por hoy.) La manteca es verdaderamente horrible. Tengo yo que comprar en una buena tienda.

FRANK Sí, por Dios, cómprela usted. (Vivie va á la mesa de escribir y pone un pedido de manteca. Praed sale del cuarto interior, quitándose el pañuelo que ha usado como servilleta.)

GAR. Frank, hijo mío, es tiempo que pensemos en ir á casa. Tu madre todavía no sabe que tenemos huéspedes.

PRAED Temo que vamos á estorbar.

FRANK Nada de eso, Praed; mi madre estará encantada de conocerle á usted. Es una mujer genuinamente intelectual y de gustos artísticos, y aquí no ve á nadie sino á padre en todo el año. Puede usted figurarse qué triste vida es la suya. (Al reverendo.) Tu papá, no eres ni intelectual ni artístico, ¿verdad? Pues lleva á Praed á casa en seguida. Estaré un rato aquí á hacer compañía á estas señoras. Recoge á Crofts en el jardín. ¡Qué buena pareja hará con el perro nuestro!

PRAED (Cogiendo su sombrero de encima el chinero y acercándose mucho á Frank.) Venga usted con nosotros Frank. La señora Warren hace mucho que no ha visto á su hija. Tendrán que hablar, como es natural, y estamos estorbando.

FRANK (Muy enternecido y mirando á Praed con romántica admiración.) Es verdad, se me había olvidado. Cuánto le agradezco el que me lo haya recordado. Es usted un perfecto caballero, Praed. Somos amigos para siempre—es usted mi ideal para toda la vida. (Se levanta para ir, pero se para un momento entre sus dos acompañantes y coloca la mano en el hombro de Praed.) ¡Qué lastima que no sea usted mi padre en vez de este viejo! (Coloca la otra mano en el hombro de su padre.)

GAR. (Regañando.) Calla, hombre, calla, no digas atrocidades.

- SRA. WAR. (Riendo cordialmente.) ;Qué mal educado lo tiene usted, Sam! Buenas noches, señores. Ah, tomen el sombrero y el bastón de Sir Jorge.
- GAR. (Tomándolos.) Buenas noches, señoras. (Se aprietan las manos. También le aprieta la mano á Vivie. Luego con voz de mando á Frank.) VAMOS, muchacho, á ver si te mueves. (Sale. Mientras tanto Frank ha cogido su gorra de encima del chincero y su escopeta del rincón. Píed da la mano á la señora Warren y á Vivie, y sale. La señora le acompaña con ademán indolente hacia la puerta y le sigue con la mirada por el jardín. Frank silenciosamente pide un beso á Vivie, pero ella rechazándole con una mirada sombría, toma unos libros y papel de la mesa de escribir, y se sienta colocándolo todo delante de sí en la mesa, de modo de aprovechar toda la luz de la lámpara.)
- FRANK. (En la puerta, tomando la mano de la señora Warren.) Buenas noches, señora y que descanse. (Le pellizca la mano. Ella le rechaza, contrae los labios y está dispuesta á abofetearle. Él ríe pícaramente y se escapa dando un portazo al cerrar.)
- SRA. WAR. (Volviendo á su sitio á la mesa, enfrente de Vivie, resignándose á pasar una velada aburrida ahora que los hombres se han marchado.) ;Cuidado qué majadero es ese Frank! No dice más que tontearías. (Se sienta.) A propósito, querida, no le animes para nada. Es un calavera de tomo y lomo.
- VIVIE Puede que tengas razón, á mí también me parece que el pobre Frank no vale para nada. Y lo siento por él, pobre muchacho, aunque no lo merezca. Tampoco aquel caballero Crofts, me inspira mucha confianza. ¿Qué te parece?
- SRA. WAR. (Irritada por el tono frío de Vivie.) ;Qué sabes tú, niña, lo que son los hombres para que hables así de ellos? Tendrás que acostumbrarte á ver á Sir Jorge Crofts con alguna frecuencia, pues es amigo mio.
- VIVIE (Con suma calma.) ¿Por qué lo dices? ¿Crees que estaremos juntas mucho tiempo tú y yo?
- SRA. WAR. (Mirándola fijamente) Ya lo creo... y no que

no... hasta que te cases. Ya no irás más á la Universidad.

VIVIE ¿Crees que mi género de vida sea compatible con el tuyo? Lo dudo.

SRA. WAR. ¡Tu género de vida! ¿Qué quieres decir con eso?

VIVIE (Cortando una página de su libro con el cuchillo cortapapel que cuelga de la cadena de su cinturón.) ¿No se te ha ocurrido nunca, mamá, que tengo derecho á escoger mi género de vida, como hacen otras personas?

SRA. WAR. ¡Qué tonterías estás diciendo! ¿Es que quieres emanciparte, ahora que estás todavía con el cascarón pegado? Vamos, niña, ten juicio.

VIVIE (Indulgente.) ¿Es eso todo lo que tienes que decir, mamá?

SRA. WAR. (Confusa, luego enfadada.) Mira, haz el favor de no dirigirme preguntas por el estilo. (Violenta.) Cállese usted. (Vivie sigue trabajando sin perder tiempo y sin replicar.) ¡Habrás visto! Usted y su género de vida.. ¿Qué más? (Mira otra vez á Vivie. Ésta calla.) Su género de vida será el que me plazca, eso es. (Otra pausa.) He venido notando en usted esos aires desde que sacó aquella nota de sobresaliente ó lo que sea. Si se figura usted que estoy dispuesta á tolerarlos, está usted equivocada. Cuanto antes se convenza usted de ello tanto mejor. (Gruñendo.) Eso es lo que tenía que decir. (Alzando otra vez la voz con ira.) Señorita, ¿sabe usted con quién está hablando?

VIVIE (Mirando al soslayo, sin levantar la cabeza de encima del libro.) No. ¿Quién eres? ¿Qué eres?

SRA. WAR. (Levantándose sin aliento.) ¡Por vida de...!

VIVIE Todo el mundo conoce mi reputación, mi posición social y la profesión á que pienso dedicarme. De tí no sé nada. ¿Cuál es ese género de vida que me quieres hacer compartir contigo, y con Sir Jorge Crofts, se puede saber?

SRA. WAR. Ten cuidado, que me obligarás á hacer alguna que luego me pese, y á tí aun más.

VIVIE (Poniendo á un lado su libro con fría decisión.) Pues

bien, dejemos esta conversación, hasta que estés en mejor condición para continuarla. (Examinando á su madre con mirada crítica.) Lo que te hace falta es pasear mucho y hacer ejercicio. Estás demasiado gruesa, no serías capaz de subir veinte metros por el cerro sin pararte para coger aliento. Tus muñecas son rollos de grasa. Mira las mías. (Enseña sus muñecas.)

SRA. WAR. (Después de mirarla desesperadamente empieza á llorar.) Vivie...

VIVIE (Da un salto arriba.) Ahora no empieces á llorar. Todo antes que eso. No puedo soportar las lágrimas. Me marcharé de la habitación si lloras.

SRA. WAR. (Lastimera.) ¡Ay, hija mía, cómo puedes ser tan dura para mí! ¿No tengo derechos sobre tí como madre?

VIVIE ¿Quién me dice que seas mi madre?

SRA. WAR. (Aniquilada.) ¡Que si soy su madre! ¡Oh, Vivie!

VIVIE ¿Entonces en dónde están nuestros parientes, mi padre, los amigos de vuestra familia? Tú réclamas los derechos de una madre, el derecho de llamarme tonta y niña, de hablarme como ninguna maestra en el colegio se hubiese atrevido á hablarme, de dictarme mi género de vida y de obligarme á convivir con un bruto que á primera vista se nota que es uno de los hombres más depravados de Londres. Antes de molestarme eu oponerme á dichos derechos, quiero tener la seguridad de que se fundan en algo positivo.

SRA. WAR. (Fuera de sí, cae de rodillas.) ¡Oh, no, no! No proigas. Soy tu madre, te lo juro. Es imposible que te vuelvas contra mí tú, hija de mis entrañas. Eso sería obrar contra la naturaleza. ¿Me crees, verdad? Dime que me crees.

VIVIE ¿Quién fue mi padre?

SRA. WAR. No sabes lo que estás preguntando. No puedo contestarte.

VIVIE (Con energía.) Si puedes, si quieres. Tengo derecho á saberlo, y tú sabes muy bien que

tengo ese derecho. Puedes negarte á decirme si gustas, pero si callas ten la seguridad que me marcharé mañana al amanecer y no nos volveremos á ver.

SRA. WAR. ¡Oh, es demasiado horrible oírte hablar así! No querrás, no podrás dejarme.

VIVIE (Implacable.) Ya lo verás, si sigues en ocultarme aquello. No vacilaré un momento. (Estremeciéndose de asco.) ¡Y pensar que tal vez corre por mis venas la sangre contaminada de aquel ser despreciable!

SRA. WAR. No, no. Por mi vida te juro que no es él ni nadie de los que hasta la fecha hayas encontrado en tu camino. De eso por lo menos estoy segura. (Los ojos de Vivie se fijan sombríos en su madre.)

VIVIE (Con voz lenta.) Estás segura de eso, por lo menos. ¡Ah, quiere decir que eso es todo de lo que estás segura. (Pensativa.) Ya veo. (La señora Warren se cubre la cara con ambas manos.) No hagas eso, mamá; sabes que no sientes nada de lo que finges sentir. (La señora Warren levanta la vista suplicante hacia Vivie, la que saca su reloj y dice.) Bueno, para hoy basta ¿A qué hora quieres el desayuno? ¿Es buena hora á las ocho y media?

SRA. WAR. (Exasperada.) ¡Dios mío, qué clase de mujer eres!

VIVIE (Friamente.) De la clase que forma la mayoría en el mundo, así espero. Si no fuese así, no sé cómo marcharía el mundo. Anda, vamos (Cogiendo á su madre por la mano y haciéndola levantar con resolución.) y cálmate.

SRA. WAR. (Quejumbrosa.) Eres muy dura conmigo, Vivie.

VIVIE Tonterías. Pensemos en ir á la cama. Ya son las diez y media.

SRA. WAR. (Apasionada.) ¿De qué me sirve ir á la cama? ¿Crees que podré dormir?

VIVIE ¿Por qué no? Yo pienso dormir.

SRA. WAR. Tú sí, porque no tienes corazón. (Súbitamente prorrumpe con vehemencia en su manera de hablar natural—la manera de hablar de una mujer del pueblo—renunciando á todas sus afectaciones de

autoridad materna y demás maneras convencionales, y expresándose con inspiración avasalladora, con verdadera convicción y coraje.) ¡Oh, no puedo soportarlo! No puedo tolerar tanta injusticia. ¿Qué derecho tienes á ponerte así conmigo? Blasonas de lo que eres ante mí, ante mí quien te dió la posibilidad de ser lo que eres. ¿Qué posibilidad he tenido yo? ¡Avergüénzate por mala hija y pedante!

VIVIE

(Friamente y con determinación, pero poco segura ya de sí, pues sus respuestas, que hasta ahora parecían convincentes y fuertes, empiezan á sonar á hucco y aun á parecer declamatorias y pedantescas ante el nuevo tono de su madre.) No te figures que ni por un momento haya querido ponerme por encima de tí. Tú me atacaste con la autoridad convencional de una madre: yo me defendí con la superioridad convencional de una mujer honrada. Francamente, no pienso en rendirme á tus razones, y tampoco exijo que aceptes las mías. Siempre respetaré tu derecho á tener opiniones propias y un género de vida á tu gusto.

SRA. WAR.

¡Mis opiniones y mi género de vida! ¡Qué cosas estás diciendo! ¿Crees que me he criado como tú, con libertad y medios de elegir mi género de vida? ¿Crees que he hecho lo que he hecho porque me gustaba, ó porque creía que obraba bien, y que no hubiese preferido ir al colegio y ser una señora si hubiese sido posible?

VIVIE

Todos, madre, podemos elegir en cierto modo nuestra vocación. Seguramente que una muchacha nacida en la miseria no puede escoger entre ser reina de Inglaterra ó rectora de la universidad femenina de Newnham; pero le queda la elección entre hacerse trapera ó florista, según su gusto. Las gentes tienen la manía de atribuir á las circunstancias lo que son. Yo no creo en las circunstancias. Los que son algo en este mundo son los que supieron no doblegarse y buscar las circunstancias que necesitaban, y, si no las encontraron, supieron crearlas.

SRA. WAR. ¡Ay, qué fácil es hablar! Ya lo creo. Mira, ¿quieres saber cuáles fueron las circunstancias mías?

VIVIE Sí, mejor será que hables. ¿No te quieres sentar?

SRA. WAR. Ya me sentaré, no tengas cuidado. (Planta su silla más delante con férrea energía y se sienta. Vivie, á pesar suyo, está impresionada.) ¿Sabes quién era tu abuela?

VIVIE No.

SRA. WAR. ¿No lo sabes? Pues yo sí lo sé. Decía ella de sí que era viuda y tenía una freiduría allá cerca de la Casa de la Moneda. Con ella se mantenía á sí mismo y á cuatro hijas. Dos, Liz y yo, éramos hijas del mismo padre. Ese padre debió de ser un hombre bien alimentado, pues las dos éramos guapas y bien conformadas. Mi madre decía que era un caballero, pero yo no sé. Las otras dos eran sólo medias hermanas; unas muchachas desmedradas, feas, que parecían muertas de hambre. Las pobres eran honradas y trabajaban como mulas. Liz y yo las hubiésemos medio matado á lapos si mi madre no nos hubiera medio matado á nosotras para que no las tocáramos. Ellas eran las honradas. Bueno, ¿y qué sacaron de ello? Una de ellas trabajaba en una fábrica de albayalde doce horas al día por un salario de nueve chelines por semana hasta que murió envenenada por el plomo. Cuando se puso mala, creyó que sólo se le quedaría una mano un poco paralizada, pero murió. A la otra se nos la citaba siempre como modelo, porque se casó con un empleado del matadero de Deptford y tenía una casita muy limpia y tres hijos bien criados, gracias á un sueldo de dieciocho chelines por semana, hasta que á él le dió por beber. Dime, ¿valía la pena de haber sido honradas para llegar á ese resultado?

VIVIE (Ahora pensativa y atenta.) ¿Y pensábais también así tú y tu hermana?

SRA. WAR. Deja que te cuente. Liz era muy lista: las

dos íbamos á una escuela de iglesia—de ahí los aires de niñas distinguidas que nos dábamos para ser superiores á las que no saben nada ni nunca fueron al colegio—y allí estuvimos hasta que una noche Liz salió y no volvió á casa. Creo que la maestra pensaba que pronto yo seguiría el ejemplo de mi hermana, pues el capellán me estaba siempre predicando y decía que Lizzie concluiría por arrojar-se al río desde el puente de Waterloo. ¡Pobre imbécil! ¿Qué sabía él? Pero á mí más me asustaba la fábrica de albayalde que el río, y en mi lugar te hubiese pasado lo mismo. Aquel capellán me proporcionó una colocación de fregona en un restaurant de los que no despachan bebidas alcohólicas y se dedican á llevar comidas á domicilio. Luego fuí camarera en el bar de la estación de Waterloo. Catorce horas al día sirviendo bebidas y lavando vasos y copas por cuatro chelines por semana y la manutención. Lo consideré como un gran ascenso. Pues bien; una noche, en que hacía frío y me sentía tan triste y cansada que apenas si podía tener los ojos abiertos, ¿á quién veo entrar en el establecimiento para pedir media copita de Ginebra? ¡A Lizzie, mi hermana, vestida con un largo abrigo de pieles, elegantísima, con un bolsillo repleto de monedas de oro! (Con amargura.) ¡Mi tía Lizzie!

VIVIE

SRA. WAR.

Sí, una tía como hay que tenerlas. Ella vive ahora en Winchester, junto á la catedral. Es una de las más respetables señoras de la población. Acompaña al baile del Ayuntamiento á las muchachas que sus padres no quieren dejar ir solas. No se ha tirado al río, quíá. Tú me recuerdas algo á Liz: era una mujer de negocios—supo guardar dinero desde el principio—nunca aparentó ser lo que era—nunca perdió la cabeza ni desperdició una ocasión. Cuando vió que yo era crecida y bien parecida, me dijo así: «¿Qué estás haciendo ahí, tonta? ¡Gastando tu salud y tu hermosura para provecho de otros!»

Liz estaba entonces haciendo dinero para instalar una casa suya en Bruselas, y pensó que las dos podríamos ganar más que una sola. Me adelantó algún dinero y me empujó hacia adelante. Yo ahorré con perseverancia, y primero le devolví la cantidad que me prestó; luego me asocié con ella en el negocio, ¿Por qué no había de hacerlo? La casa de Bruselas era realmente de primera: una mujer estaba allí mil veces mejor que en la fábrica en que se envenenó Ana Juana. Ninguna de nuestras muchachas era tan mal tratada como se me trató á mí en el fregadero aquel ó en el bar ó en mi propia casa. ¿Era mejor haberme estado allí, en aquellos sitios, y convertirme en una vieja gastada y decrepita antes de llegar á los cuarenta años?

VIVIE (Intensamente interesada ahora.) No, por cierto. Pero, ¿por qué escogiste aquel negocio? Ahorrando y administrando bien se puede prosperar en todos los negocios.

SRA. WAR. Sí, ahorrando dinero. ¿Pero cómo puede una mujer hacer dinero para ahorrar? ¿Podrías tú ahorrar cuatro chelines por semana y vestirte? Me parece que no. Por lo menos, si eres una mujer como todas y no puedes ganarte nada fuera de los ingresos ordinarios. Ahora, si tienes un gran talento para la música ó el teatro, ó para escribir en los periódicos, no digo que no puedas hacer dinero. Pero ni yo ni Liz teníamos el mas mínimo talento por el estilo; no teníamos más que nuestros encantos físicos y nuestra buena maña para gustar á los hombres. No éramos tan tontas que dejáramos á otra gente explotar nuestra buena apariencia empleándonos como vendedoras ó camareras, cuando podíamos explotarla nosotras mismas y embolsar toda la ganancia en vez de un sneldo mezquino. ¡Quíá!

VIVIE Quedas perfectamente justificada desde el punto de vista de los negocios.

SRA. WAR. Sí, y desde cualquier otro punto de vista.

Bien considerado, ¿á qué se educan y amaestran todas las muchachas honradas, sino á cazar á un hombre rico y á gozar el beneficio de su dinero casándose con él? ¡Como si la ceremonia del matrimonio pudiese constituir una diferencia entre lo bueno y lo malo de la cosa! ¡Oh, la hipocresía del mundo me pone mala! Liz y yo tuvimos que trabajar y que ahorrar y que calcular lo mismo que otras personas. Si no, estaríamos tan pobres como las borrachas perdidas que viven al día y creen que la juventud nunca se acaba. (Con gran energía.) Desprecio á semejantes seres, no tienen carácter, y si hay alguna cosa que detesto en una mujer, es la falta de carácter.

VIVIE

Pues bien, mamá, dime, francamente, ¿no forma parte de lo que llamas carácter en una mujer el no gustar de hacer dinero por aquel medio?

SRA. WAR.

Claro que sí. A nadie le gusta tener que trabajar para ganar dinero; pero no hay más remedio. Muchas veces me ha dado lástima alguna de aquellas muchachas, al verla cansada y desfallecida, teniendo que tratar de gustar á un hombre que no le importaba un bledo, á algún memo medio borracho que creía hacerse agradable, fastidiando y brutalizando y exasperando á una mujer hasta el punto de que ningún dinero era bastante para pagarla por haberle aguantado. Pero ella tiene que apechugar con todo, estar á las duras como á las maduras, lo mismo que una enfermera ó cualquier otra mujer que se gana la vida. No es un trabajo que ninguna mujer haga por gusto, bien lo sabe Dios, y sin embargo, oyendo hablar á la gente de iglesia, parece que es un lecho de rosas.

VIVIE

Sin embargo, aun consideras que vale la pena dedicarse á ese oficio. Produce!

SRA. WAR.

Claro que vale la pena que una muchacha pobre se dedique á ese oficio, si es de buena presencia y al mismo tiempo tiene juicio y sabe portarse como es debido. Digo más, ese

oficio es mejor que cualquier otro que pudiera escoger. Naturalmente, estoy conforme en que no debiera ser así. Es triste que la mujer no tenga otra mejor salida; es triste, hija mía, pero es así. Excuso decir que una señora de posibles no tiene que ver con ello. Tú misma, si quisieras lanzarte por esa vida, serías una idiota. Pero yo hubiese sido una idiota también si hubiese escogido otra.

VIVIE

(Cada vez más conmovida.) Mamá: supón que ahora fuésemos ambas tan pobres como lo eras en aquellos míseros tiempos que cuentas, ¿estás segura de que no me aconsejarías probar con el bar de Warterloo, ó casarme con un artesano, ó hasta entrar en una fábrica?

SRA. WAR.

(Indignada.) Ya lo creo que estoy segura. ¡Por qué madrastra me has tomado! ¿Cómo podrías conservar el respeto á tí misma en tanta hambre y esclavitud? ¿Y qué vale una mujer? ¿Qué vale la vida... sin el respeto á sí mismo? ¿Por qué soy yo independiente y tengo los medios de dar á mi hija una educación de las más distinguidas, mientras otras mujeres que se encontraban en las mismas condiciones que yo, estan en el arroyo? Pues porque siempre he sabido respetarme y vigilarme á mí misma. ¿Por qué vive Liz, respetada de todas, á la sombra de una catedral? Por la misma razón. ¿En dónde estaríamos ahora si hubiéramos hecho caso del clérigo? Estaríamos fregando suelos á razón de un chelín y medio al día y no podríamos esperar otro porvenir que el hospital. Niña, no te dejes engañar por gente que no conoce el mundo. El único camino para una mujer de lograr una posición decente, es encontrar un hombre quien tenga bastante para matenerla. Si está al mismo nivel social que él, tratará de casarse con él. Pero si está muy por debajo de él, no puede esperar el casamiento—ni debe, pues no encontraría así la felicidad. Pregun-ta á cualquiera señora de la sociedad de Londres que tenga hijas, y te dirá lo mis-

mo, sólo que yo hablo derecho y ella hablará torcido, No hay más diferencia.

VIVIE

(Fascinada, con admiración.) Querida mamá: eres una mujer maravillosa, eres más fuerte que toda Inglaterra. Y real y verdaderamente, ¿no estás un poquitito dudosa... ó... ó... avergonzada?

SRA. WAR.

Claro que sí, querida; el buen tono exige avergonzarse de eso: ¿qué se diría de una mujer que no lo hiciera? Las mujeres tenemos que aparentar sentir una multitud de cosas que no sentimos. Liz se ha enfadado muchas veces conmigo por mi manía de soltar el chorro de las verdades. Acostumbraba decir que si todas las mujeres pudiesen aprender bastante de lo que pasa en el mundo delante de su propia vista, no habría necesidad de hablarles de ello nada. El caso es que Liz siempre fué una perfecta gran señora; lo era por instinto, mientras yo siempre he sido un poco vulgar. Me alegraba tanto, cuando me mandabas tus retratos, de ver que cuanto más crecías tanto más te ibas pareciendo á Liz: tienes sus mismas maneras decididas y señoriles. Pero á mí no me es posible estar diciendo una cosa cuando todo el mundo conoce que pienso otra. ¿A qué viene esa hipocresía? Si el mundo está arreglado de ese modo para las mujeres, ¿por qué hemos de fingir que está arreglado de otro modo? En realidad, yo no he sentido nunca pizca de vergüenza. Al contrario, considero que tenía derecho á estar orgullosa de que en casa todo pasaba sin ruidos ni escándalos ni malas palabras, y que las muchachas estaban tan bien cuidadas. Algunas de ellas sacaron buen partido: una se casó con un embajador. Pero ahora no debo hablar de esas cosas. ¡Qué pensaría la gente! (Bosteza.) Querida mía, empiezo á creer que, después de todo, me viene el sueño. (Se estira perezosamente, completamente aliviada por su confesión y plácidamente dispuesta á descansar por la noche.)

- VIVIE Creo que soy yo ahora quien no va á poder dormir. (Va hacia el chinero y enciende la vela. Entonces apaga la lámpara y la habitación se oscurece bastante.) Mejor será dejar entrar algo el aire fresco antes de cerrar. (Abre la puerta que va al jardín y ve hermoso resplandor de luna.) ¡Qué hermosa noche! ¡Mira! (Corre á un lado las cortinas de la ventana. El paisaje aparece bañado en los rayos de la luna plena que se levanta por el lado de Black-down.)
- SRA. WAR. (Con una mirada furtiva afuera.) Bueno, querida; pero á ver si coges una pulmonía con el resplandor.
- VIVIE (Despreciativa.) Tonterías.
- SRA. WAR. (Regañona.) Según tú, todo lo que digo son tonterías.
- VIVIE (Volviéndose rápidamente hacia ella.) No, realmente no es así, mamá. Esta noche has quedado completamente por encima, por más que creía yo ser la vencedora. Seamos buenas amigas ahora.
- SRA. WAR. (Meneando algo melancólicamente la cabeza.) No me fío de mis victorias. Ya con Liz salía yo siempre perdiendo la partida, y me parece que contigo me pasará lo mismo.
- VIVIE No hagas caso. Ven, buenas noches, querida mamaita. (Abraza á su madre.)
- SRA. WAR. (Cariñosa.) Te crié y eduqué bien, ¿verdad, querida?
- VIVIE Sí, mamá.
- SRA. WAR. Y por eso siempre querrás á tu pobrecita madre, ¿verdad?
- VIVIE Sí, mamá, siempre. (La besa.) Anda á descansar.
- SRA. WAR. (Con unción.) Te bendigo, hija de mi corazón. Es la bendición de una madre. (La abraza y mira hacia el cielo como implorando de allí la bendición.)





ACTO TERCERO

En el jardín de la rectoría, por la mañana, al día siguiente. Los pájaros cantan, y el sol luce en todo su esplendor. La tapia del jardín tiene en su centro una puerta de madera, de reja, con cinco travesaños, bastante ancha para dejar paso á un carruaje. Al lado de la puerta cuelga una campana de un resorte en espiral que comunica con un llamador por fuera. El camino carretero baja por el centro del jardín y luego tuerce de repente hacia la izquierda, en donde muere en una pequeña esplanada circular cubierta de grava, en frente del portal de la rectoría. Detrás de la reja se divisa la carretera polvorienta, paralela á la tapia, y una cinta de césped que forma el borde del lado opuesto, y, más allá de éste, un bosque de pinos sin acotar. En el césped, entre la casa y el camino principal, se yergue un tejo recortado, con un banco rústico á su sombra. Por el lado opuesto, el jardín está cerrado por un seto de boj, y en el césped del jardín hay un reloj solar, y en la proximidad de éste, una silla de hierro. Un sendero estrecho se aparta hacia el seto de boj, detrás del reloj solar.

(Frank, sentado en la silla cerca del reloj solar, encima del que ha colocado los periódicos de la mañana, está leyendo el «Standard». De la casa sale su padre con los ojos encendidos, con escalofríos, y su mirada cruza la de Frank con inquietud.)

FRANK

(Mirando su reloj.) Las once y media. ¡Caramba, vaya una horita para un párroco para bajar á desayunarse!

- GAR. Vamos, Frank, haz el favor de callar. Estoy un poco... ejem... (Estremeciéndose.)
- FRANK Los excesos, claro.
- GAR. (Rechazando la expresión.) No, señor; me he resfriado. ¿Dónde está tu madre?
- FRANK No te apures, no está en casa. Se fué á la población con el tren de las 11,13, con Bessie. Ha dejado algunos encargos para ti. ¿Quieres recibirlos ahora ó esperar hasta que te hayas desayunado?
- GAR. Ya me desayuné. Estoy sorprendido de que tu madre se haya ido á la población cuando tenemos huéspedes en casa. Les chocará seguramente.
- FRANK Es posible que lo haya pensado. De todos modos, si Crofts ha de estar aquí algunos días, y si tú piensas hacerle compañía todas las noches hasta las cuatro de la madrugada, recordando los incidentes de vuestra juventud agitada, mi madre, como mujer de su casa, habrá creído necesario ir á tiendas y encargar, entre otras cosas, un tonel de *whisky* y algunos cientos de sifones.
- GAR. No noté que sir Jorge bebiera con exceso...
- FRANK Lo creo, no estabas para notarlo.
- GAR. ¿Qué quieres decir con eso?
- FRANK Pues sencillamente, papá, que nunca he visto á un sacerdote menos sobrio que tú. Las historias que contaste de tu pasada vida eran tan asquerosas que, estoy seguro, Praed no hubiese pasado la noche bajo tu techo si no hubiese sido por consideración á mi madre y las simpatías que entre los dos se establecieron.
- GAR. No digas sandeces. Sir Jorge es mi huésped, y á la fuerza tenía yo que hablar con él. Y como no sabe hablar más que de una cosa... ¿En dónde está mister Praed?
- FRANK Habrá acompañado á mi madre y á Bessie á la estación.
- GAR. ¿Se ha levantado Crofts?
- FRANK No hace poco tiempo. Está como las propias rosas. Resiste mejor que tú: tiene más práctica. Ha ido por ahí á fumar una pipa.

(Frank vuelve á coger su periódico. El reverendo, malhumorado, se adelanta hacia la puerta del jardín; luego vuelve irresoluto.)

GAR. Ejem... Frank.

FRANK Tú dirás.

GAR. ¿Crees, después de lo que pasó ayer, que esa familia Warren espera que vamos á convidarla á venir á casa?

FRANK Si ya está convidada. Crofts nos dijo durante el desayuno que tú le habías encargado traer acá hoy á la señora Warren y á Vivie, y que consideraran esta casa como suya. Fué al saber eso cuando mi madre juzgó oportuno ir á la población con el tren de las 11,13.

GAR. (Con venemencia desesperada.) Yo nunca hice semejante encargo. Yo nunca pensé en semejante disparate.

FRANK (Con compasión.) Pero, papá, ¿cómo puedes saber lo que dijiste y pensaste anoche? ¡Hola, ahí viene Praed, que ya está de vuelta!

PRAED (Entrando por la puerta del jardín.) Buenos días, señores.

GAR. Buenos días, mister Praed. Dispénseme usted por no haberle acompañado al desayuno; tuve un pequeño ataque de... de...

FRANK Sí, de angina de los predicadores. Felizmente que no es crónica.

PRAED (Cambiando de conversación.) ¿Sabe usted, mister Gardner, que vive usted en un sitio precioso? ¡Y vaya una casa bonita!

GAR. Sí, no es fea. Frank le acompañará á usted á paseo, mister Praed, si usted quiere. Hay vistas muy bonitas por ahí. A mí me dispensarán. Tengo que aprovechar el tiempo para escribir mi sermón, mientras mi mujer ha salido, y todos están ustedes divirtiéndose con su permiso.

PRAED Usted lo tiene. No haga usted cumplidos conmigo.

GAR. Gracias. Yo voy á ejem.... ejem... (Se marcha, pronunciando palabras ininteligibles y desaparece en la casa.)

- PRAED (Sentándose en la yerba al lado de Frank y cogiéndose los tobillos.) Debe de ser cosa curiosa el escribir todas las semanas un sermón.
- FRANK ¡Qué sermón ni ocho cuartos! Cuando necesita un sermón, lo compra hecho. Ha ido á tomar un poco de seltz, á ver si se le arregla el estómago.
- PRAED Querido Frank, yo quisiera que fuera más respetuoso para con su padre Usted que sabe ser tan amable cuando quiere.
- FRANK Querido Praed, usted olvida que yo tengo que vivir al lado del viejo. Cuando dos personas viven juntas—no importa que sean padre é hijo, esposo y esposa, hermano y hermana—no pueden sujetarse á la farándula de cortesías mútuas que tan fácil parece durante una visita de cumplido que dura diez minutos. Luego, mi padre, que a muchas admirables cualidades domésticas une la debilidad de carácter de una oveja y los aires de importancia y la agresividad de un garañón.
- PRAED ¡Hombre, por Dios, no olvide que es su padre!
- FRANK Ya lo sé. Pero figúrese usted que se le ocurrió decir á Crofts que trajese acá á las de Warren. ¡Vamos, si estaría borracho! Usted comprenderá, mi querido Praed, que mi madre no aguantaría á la señora Warren ni un instante. Vivie no puede entrar aquí hasta que su madre no haya regresado á Londres.
- PRAED Pero su madre de usted no sabe nada de esa señora, digo.
- FRANK No sé. Su ida á Londres parece indicar que sí. No es que mi madre tenga los escrúpulos del vulgo. Con muchas mujeres de vida algo sospechosa ha sabido tratar, pero todas eran mujeres finas. Esto es lo que hace la diferencia. La señora Warren, sin duda, no carece de méritos, ¡pero es tan ordinaria! yo sé que mi madre no la aguantaría.. ¡Hola! ¿Qué hay?... (Esta exclamación es provocada por la reaparición del clérigo, que viene de la casa precipitadamente y como asustado.)

GAR. Frank, la señora Warren y su hija están viniendo por el monte con Crofts; los he visto desde las ventanas de mi despacho. ¿Qué les diré yo de la ausencia de tu madre?

FRANK (Levantándose de un salto.) Ponte el sombrero, sal al encuentro de esa gente y diles que te alegras mucho de verlos; que Frank está en el jardín, y que mamá y Bessie han ido á hacer una visita á una parienta enferma á la que probablemente tendrán que cuidar, y que sintieron tanto tener que ausentarse. Y preguntas si han dormido bien. . En fin, diles cualquier cosa menos la verdad, y deja el resto á la Providencia.

GAR. ¿Pero cómo luego nos los quitaremos de encima?

FRANK Eso no hay tiempo ahora de pensarlo. Toma. (Se precipita hacia el portal y vuelve inmediatamente con un sombrero de fieltro como los llevan los clérigos, y se lo pone á su padre sin cumplidos.) Vamos, echa á andar. Praed y yo esperaremos aquí, para dar á la cosa un carácter de impremeditación. (El clérigo, atontado, pero obediente, se precipita afuera por la puerta del jardín. Praed se levanta del césped y se quita el polvo de su traje.) Tenemos que hacer de cualquier modo para que aquella señora se vuelva á Londres. Francamente, Praed, ¿le gusta á usted ver á las dos juntas, á Vivie y á aquella señora?

PRAED ¡Hombre! ¿por qué no?

FRANK (Yordiéndose los labios.) ¡Por Dios! ¿no le horripila á usted un poco ver juntos á aquel vejstorio perverso, capaz de cualquier acción fea, y Vivie?

PRAED Calle usted. Ahí vienen. (Se ve venir al clérigo y á Crofts por la carretera, seguidos de la señora Warren y Vivie, paseando juntas afectuosamente.)

FRANK Mire usted, á la vieja la tiene cogida del talle. Con el brazo derecho, de modo que es ella la que se pega así. ¡Bendito Dios, se ha vuelto sentimental! ¿No se horripila usted ahora? (El clérigo abre la puerta y la señora Warren y Vivie pasan por delante de él y se colocan en

medio del jardín mirando hacia la casa. Frank, con gran fingimiento, se vuelve alegremente hacia la señora Warren y exclama: ¡Cuánto me alegro señora, de verla á usted por aquí! Esta vieja rectoría cuadra perfectamente con usted.

SRA. WAR. ¿Qué demonio dice usted? ¡Habrás visto! ¿De modo que yo cuadro perfectamente con el jardín de una vieja y tranquila rectoría?

GAR. (Todavía teniendo la puerta para Crofts, quien entra despacio, altamente aburrido.) Usted, señora, está bien en todas partes.

FRANK ¡Bien, papá! Ahora miren ustedes; si les parece trataremos de entretenernos lo mejor posible hasta que llegue la hora de comer. Primero podríamos ver la iglesia. Aquí es siempre la primera visita. Es un edificio bastante notable que data del siglo XIII. Mi papá está entusiasmado con ella; como que hace seis años logró reunir los fondos suficientes para reconstruir y restaurarla por completo. Praed, que es inteligente, nos explicará los méritos del edificio.

GAR. (sonriendo hospitalariamente.) Tendré mucho gusto si es que usted, señora, y sir Jorge tienen interés por ello.

SRA. WAR. ¡Pues bien, vamos. A Jorge le vendrá bien. Me parece que necesita que le lleven á la iglesia.

CROFTS (Se vuelve hacia la puerta del jardín.) Vamos á donde ustedes quieran.

GAR. Por allí no. Tenemos que atravesar el campo, si no les sirve de molestia. Vengan por aquí. (Guía y enseña el camino por el sendero que va por el seto de boj.)

CROFTS Perfectamente. (Se va con el párroco. Praed sigue con la señora Warren. Vivie no se mueve de su sitio, pero las sigue con la mirada hasta que desaparecen, y en todas las líneas de su fisonomía se señala un decidido propósito.)

FRANK ¿Usted no viene?

VIVIE No. Tengo que advertirle á usted algo, Frank. Usted ha hecho burla de mi madre antes cuando dijo aquello del jardín rectoral. De aquí en adelante haga usted el favor

de abstenerse de ello, y de tratar á mi madre con el mismo respeto que trata usted á la suya.

FRANK Mi querida Vivie, no sabría ella apreciarlo. Ella no se parece á mi madre, el mismo tratamiento no se ha hecho para los dos casos. ¿Pero qué demonio ha sucedido con usted? Anoche usted y yo quedamos perfectamente de acuerdo acerca de la opinión que nos merecen su madre y los que la rodean. Esta mañana la veo á usted en actitud sentimental enlazándola el talle con su brazo.

VIVIE (Ruborizándose de repente.) ¡En actitud sentimental!

FRANK Es lo que me chocó, y la verdad, fué la primera vez que la ví á usted hacer una cosa, ¿cómo diré? de poco mérito.

VIVIE (Dominandose.) Sí, Frank, se ha operado un cambio en mí, pero no creo que sea un cambio para empeorar. Ayer era yo una ilusa y una tonta.

FRANK ¿Y hoy?

VIVIE (Vacilando, luego mirándole con firmeza.) Hoy conozco á mi madre mejor que usted.

FRANK ¡No quiera Dios!

VIVIE ¿Qué quiere usted decir con eso?

FRANK Vivie, entre la gente de costumbres ligeras existe una especie de francmasonería de la que usted no sabe nada. Usted no tiene ese carácter. Pues ese es el lazo de unión entre su madre de usted y yo, por eso la conozco yo mejor de lo que usted jamás la pueda conocer.

VIVIE Se equivoca usted. Usted no la conoce absolutamente nada. Si conociese usted las dificultades con que mi madre en su vida tuvo que luchar...

FRANK (Con presteza concluye la oración.) Sabría por qué es lo que es, ¿verdad? No le dé usted vueltas, Vivie, sea lo que sea usted no podrá vivir con su madre.

VIVIE (Muy enfadada.) ¿Por qué no?

FRANK Porque es una vieja perversa. Si usted vuel-

ve á cogerla el talle como antes en mi presencia, me pego un tiro en el acto como protesta de un acto que me repugna y me subleva.

VIVIE ¿De modo que tengo que escoger entre ella y usted?

FRANK (Amable.) Esto colocaría á esa señora en posición demasiado desventajosa. No, Vivie, este niño fatuo está incondicionalmente de parte de usted. Pero tiene un miedo feroz de que usted se equivoque. Nada, no se empeñe usted, su madre de usted es imposible. Puede que tenga buen corazón, pero es una mala mujer, muy mala.

VIVIE (Acalorada.) ¡Frank! (El se mantiene firme. Ella se vuelve y se sienta en el banco debajo del tejo, luchando por recobrar su calma. Luego dice.) ¿Tiene que ser abandonada por todo el mundo porque fuera lo que usted llama una mala mujer? ¿No tiene ella derecho á la vida?

FRANK ¡A la vida, sí! No tenga usted cuidado, Vivie, ella nunca estará sola. (Se sienta al lado suyo en el banco.)

VIVIE Pero usted quiere que la abandone yo.

FRANK (Mimosamente, como arrullándola con su voz.) No vaya usted á vivir con ella, créame. El idílico cuadro «madre é hija» no tendría éxito, y destruye usted nuestro pequeño grupo

VIVIE (Bajo el influjo de su encantamiento.) ¿Y qué pequeño grupo es ese?

FRANK Los enamorados en el jardín: Vivie y Frank. (Desliza el brazo por su talle y la acaricia.) Vamos allá y que nos cubran las hojas de los árboles.

VIVIE (Rítmicamente, como arrullándole.) A dormir, mano en mano, debajo de los árboles.

FRANK La sabia niña con su niño loco.

VIVIE El niño querido con su niña descuidada.

FRANK ¡Tan tranquilos los dos y libres de la imbecilidad del padre del niño y de la vida dudosa de la!...

VIVIE (Ahogando la palabra estrechándole contra su pecho.) ¡Chitón!... la niña quiere olvidar todo lo que

se refiere á su madre. (Están callados unos momentos, meciéndose mutuamente. Luego Vivie se despierta bruscamente y exclama:) ¡Qué par de tontos estamos hechos! Levántese usted. ¡Cómo se ha puesto su pelo! (Se lo lisa.) Quisiera saber si todas las personas mayores juegan de ese modo infantil cuando nadie las está mirando. Yo de niña nunca hice cosa semejante.

FRANK Yo tampoco de niño. Es usted mi primera compañera de juego. (Cógela la mano para besarla, pero se para al mirar á su alrededor y de repente á Crofts, que surge del soto de boj.) ¡Maldita sea!

VIVIE ¿Qué es eso?

FRANK (Con voz baja.) ¡Chitón! Ahí tenemos á ese bruto de Crofts. (Se sienta al otro extremo del banco con aire indiferente..)

VIVIE No sea brusco con él, Frank. Yo por mi parte no quiero faltarle para dar gusto á mi madre. (Frank hace una mueca.)

CROFTS ¿Me permite usted, miss Vivie, que le diga dos palabras?

VIVIE Le estoy escuchando.

CROFTS (A Frank.) Dispense usted, Gardner, que le están esperando en la iglesia.

FRANK (Levantándose.) Para complacerle á usted, Crofts, me ausento, pero lo que es á la iglesia, que me sigan esperando. Si necesita usted algo, Vivie, no tiene usted más que tirar del cordón de la campanilla, y un servidor acudirá al punto. (Entra en la casa con perfecta calma.)

CROFTS (Siguiéndole con la mirada, con aire zumbón al verle desaparecer y hablando con gran familiaridad á Vivie.) Es simpático el muchacho, ¿verdad, miss Vivie? ¡Lástima que no tenga un ochavo!

VIVIE ¿Usted cree?...

CROFTS Claro, no tiene ni oficio ni beneficio. ¿Para qué vale?, me pregunto yo.

VIVIE Sir Jorge, no se me ocultan sus desventajas.
CROFTS (Algo cohibido al verse tan exactamente interpretado.) No decía yo eso. Pero el mundo es el mundo y el dinero es el dinero. (Vivie no contesta.) ¡Qué hermoso día está haciendo! ..

- VIVIE (Con apenas disimulado desprecio hacia sus esfuerzos por entablar conversación.) Muy hermoso.
- CROFTS (Con brutal jovialidad, como si le gustara la reserva de ella.) Bueno, dejémonos de tonterías, que yo no he venido á hablar del tiempo. (Afectando franqueza.) Mire usted, miss Vivie, yo no me hago ilusiones y sé que no soy el ideal de una muchacha.
- VIVIE Es verdad, sir Jorge.
- CROFTS Y tanto; y si he de ser franco, le diré que tampoco necesito serlo. Pero cuando digo una cosa es que la pienso, cuando siento, siento de verdad, y lo que aprecio lo pago con buen dinero. Así soy yo.
- VIVIE Eso le granjea á usted gran crédito, estoy segura.
- CROFTS ¡Oh! no es mi intención alabarme. Tengo mis defectos, Dios sabe, nadie se conoce mejor de lo que yo me conozco. Sé que no soy perfecto, esa es una ventaja de los que como yo, han alcanzado ya cierta edad. Porque no soy ningún muchacho, no lo dudo. Pero mi Código es sencillo, y, creo, también bueno. Honradez de hombre á hombre; fidelidad entre hombre y mujer, y nada de hipócritas discusiones acerca de esta ó de otra religión, sino una honrada creencia de que las cosas en su conjunto redundan en bien de todos.
- VIVIE (Con ironía mordaz.) «Un poder superior, no nosotros, procura por la justicia», ¿verdad?
- CROFTS (Tomándolo en serio.) Eso es, no nosotros, naturalmente. Usted me entiende perfectamente. (Se sienta á su lado como quien ha encontrado un alma hermana.) Bueno, ahora vamos á lo práctico. Usted tal vez se figura que yo he dilapidado mi dinero. Pues no hay nada de eso, hoy día soy más rico que cuando adquirí mi fortuna. He aprovechado mi conocimiento del mundo para colocar mi dinero en negocios que otros no supieron descubrir, y yo seré lo que quiera, pero desde el punto de vista del dinero, no tengo que apurarme.
- VIVIE Es usted muy amable de contarme todo eso.

CROFTS Vamos, miss Vivie, no haga usted como que no sabe adonde voy á parar. Yo no quiero acabar mis días sin tener una mujer á mi lado. Me toma usted por muy zoquete, ¿verdad?

VIVIE Nada de eso, al contrario, le agradezco mucho de que sea usted tan claro y tan hombre de negocios. Aprecio mucho su oferta y la mención de su dinero, de su posición, de sus principios, etc. Pero me parece que diré que no, si no le molesta, que creo que no le molestará. (Se levanta y va hacia el reloj solar para separarse de él.)

CROFTS (Sin desanimarse y colocándose más cómodamente en el banco, como si un rechazo preliminar fuese parte inevitable de la petición de mano.) No tengo prisa. Sólo quería yo darle á conocer mis intenciones, por si acaso el joven Gardner trata-
ra de cazarla á usted. Deje usted abierta la cuestión.

VIVIE (Con sequedad.) Mi negación es terminante. No me he de volver atrás. (Le mira con altanería. El hace una mueca y se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, para pinchar con su bastón á algún desgraciado insecto en la hierba. La mira con malicia. Ella le vuelve impaciente la espalda.)

CROFTS Tengo una porción de años más que usted. Veinticinco años, un cuarto de siglo más que usted. No viviré siempre, y cuando me vaya de este mundo, procuraré que usted quede bien.

VIVIE Ni aun eso me seduce, sir Jorge. Conténtese usted con lo que le he dicho. No existe la más leve probabilidad de que yo cambie de idea.

CROFTS (Levantándose, después de descabezar una flor de un bastonazo, y empezando á pasearse por arriba y por abajo.) Bueno, no importa. Yo podría contarle á usted algunas cosas que bastante pronto modificarían sus ideas, pero no quiero, porque prefiero conquistarla por honrado cariño. He sido un buen amigo de su madre, pregúnteselo usted á ella. Nunca su

madre hubiese hecho el dinero con el que se pagó por su educación de usted si no hubiese sido por mis consejos y mi ayuda, amén del dinero que le adelanté. No hay muchos hombres que la hubieran prestado los servicios que yo le presté. Más de cuarenta mil libras esterlinas en conjunto he puesto yo en el negocio.

VIVIE (Mirándole fijamente.) Quiere usted decir que fué usted el socio de mi madre en sus negocios.

CROFTS Eso es. Ahora imagine usted toda la molestia y las explicaciones que se evitarían si, como quien dice, conserváramos el todo en la familia. Pregunte usted á su madre si le gustaría á ella tener que explicar todos sus asuntos á una persona completamente extraña.

VIVIE No veo por qué no había de hacerlo, puesto que, según entiendo, el negocio ya ha dejado de existir y el dinero está invertido en rentas.

CROFTS (Parándola bruscamente, atónito.) ¡Cómo que ha dejado de existir, un negocio que reporta el treinta y cinco por ciento en los peores años! ¡Quía! ¡Quién le ha dicho á usted eso?

VIVIE (Poniéndose muy pálida.) De modo que todavía... (Se para de repente y pone la mano en el reloj solar para apoyarse. Luego va de prisa á la silla de hierro y se sienta.) ¿De qué negocios quiere usted hablar?

CROFTS Pues, mire usted, la verdad, el negocio no es de los que dan mucha honra en la alta sociedad, la de la nobleza, vamos, y no es que tenga nada de particular, no se vaya usted á creer. Luego ese negocio, estando su madre de usted en él, ya puede usted figurarse que es perfectamente lícito y honrado. La conozco desde hace muchos años, y de ella puedo decir que antes se cortaría la mano derecha que tocar algo que no fuese como debe ser. Yo se lo explicaré todo, si usted quiere. No sé si no ha encontrado usted, al viajar, cuán difícil es hallar una

casa de huéspedes verdaderamente confortable.

VIVIE (Poniéndose casi mala, mirando hacia otro lado.)
Siga usted.

CROFTS Pues no hay más. Su madre de usted tiene un talento excepcional para manejar ese negocio. Tenemos montadas dos casas en Bruselas, una en Berlín, una en Viena y dos en Budapest. Por supuesto que hay, fuera de nosotros, otras personas interesadas en el negocio, pero la mayor parte del capital es nuestro, y su madre de usted es indispensable como directora y administradora. Ya habrá usted notado, supongo, que viaja mucho. Pero esas cosas no se pueden decir en sociedad. Dice usted casa de huéspedes en vez de hotel y todo el mundo cree que tiene usted una casa de comidas ó una taberna. Me parece que no quisiera usted que la gente dijese eso de su madre de usted. Pues he aquí la causa porque andamos con tanta reserva. A propósito, lo dicho queda entre nosotros. Puesto que no se ha sabido nada de ello hasta ahora, más vale que siga así.

VIVIE ¿Y ese es el negocio en el que me invita usted á tomar parte?

CROFTS Nada de eso. Mi mujer no tendrá que molestarle con negocios. No estará usted en ese negocio más de lo que ha estado siempre.

VIVIE ¡Yo estado siempre! ¿Qué quiere usted decir?

CROFTS Nada más sino que de él ha vivido usted siempre. Con ese dinero se han pagado sus estudios de usted y el traje que lleva usted. No mire usted á los negocios con tanto desdén, miss Vivie: sin ellos, ¿dónde estarían sus éxitos universitarios de Newnhan y de Girton.

VIVIE (Levantándose casi fuera de sí.) Cuidado con lo que habla. Yo sé de qué clase de negocios se trata.

CROFTS (Dando un salto, suprimiendo una blasfemia.) ¿Quién le ha dicho?

- VIVIE Su socia—mi madre.
CROFTS (Lívido de rabia.) La vieja... (Vivie le lanza una mirada rápida. El se traga el epíteto y se queda rabiando y pateando de un modo ordinario. Pero conoce que su papel es el de ser simpático. Se refugia en una generosa indignación.) Hubiese debido tener más consideración para con usted. Yo nunca se lo hubiese dicho.
- VIVIE Probablemente me lo hubiese usted dicho después de casarnos. Hubiese sido una excelente arma para domarme.
- CROFTS (Del todo sincero.) Nunca he tenido tal intención. Palabra de caballero.
- VIVIE (Le mira con extrañeza. Comprendiendo la ironía de su protesta, se siente con más sosiego y fuerza, y contesta con despreciativa calma.) No importa. Supongo que comprenderá usted que en cuanto salgamos hoy de esta casa, nuestras relaciones habrán terminado.
- CROFTS ¿Por qué? ¿Porque he ayudado á su madre?
VIVIE Mi madre era una mujer muy pobre, que casi no tuvo más remedio que hacer lo que hizo. Usted era un hombre rico, y lo hizo por causa de los treinta y cinco por ciento. Usted es un granuja de los más ordinarios. Esta es la opinión que tengo de usted.
- CROFTS (Después de mirarla nada molestado y, al contrario, más aliviado por esos términos francoes que por los ceremoniosos de antes.) ¡Ja, ja, ja! Siga usted, niña, siga. A mí no me hace daño, y á usted la divierte. ¿Por qué, demonios, no había yo de emplear mi dinero en aquello? No hice sino sacarle el interés como hacen otros. Supongo que no creerá usted que con ello haya ensuciado mi mano. Mire, creo que no se negaría á tratar al duque de Belgravia, al primo de mi madre, porque algunas de sus rentas proceden de negocios dudosos. Usted no volverá la espalda al arzobispo de Canterbury, porque entre los individuos de la administración eclesiástica hay algunos publicanos y pecadores. ¿Recuerda usted la beca Crofts en Newnham? Pues la fundó mi hermano, el diputado. Sacaba sus veinti-

dós por ciento de una fábrica en la que trabajaban seiscientas muchachas, y ni una de ellas tenía un salario suficiente para poder vivir con él. ¿Cómo cree usted que la mayor parte de ellas sale de los apuros? Pregúnteselo usted á su madre. ¿Y cree usted que yo iba á hacer ascos á treinta y cinco por ciento cuando todos los demás están embolsando cuanto pueden? ¡Ni loco que estuviera! Si usted quiere escoger sus relaciones tomando por base los principios de la moral, haría usted mejor en no vivir en Inglaterra, á menos que quiera usted renunciar á frecuentar toda sociedad decente.

VIVIE (Con la conciencia intranquila.) Siga usted demostrando que nunca he preguntado por la procedencia del dinero que gasté. Creo que soy tan mala como usted.

CROFTS (Grandemente tranquilizado.) Claro está que es así. Y no que no. Pero, después de todo, ¿qué más da? (Bromeando) De modo que después de reflexionar, no me toma usted ya por un granuja tan grande. ¿Verdad?

VIVIE He compartido beneficios con usted, y por eso le permito la familiaridad de preguntarme por el concepto que me merece.

CROFTS (Con tono amistoso.) Muchas gracias. Si usted me estudia, verá que no tengo mal fondo. No tengo la pretensión de tener una intelectualidad extraordinaria, pero me sobran sentimientos verdaderamente humanos; y la vieja raza de los Crofts nace con el odio instintivo á todo lo bajo, en lo cual estoy seguro que usted simpatizará conmigo. Créame miss Vivie. El mundo no es un sitio tan malo como quieren hacer creer los descontentos. Mientras no choque usted abiertamente en la sociedad, la sociedad no le dirigirá cuestiones inconvenientes, y pronto se deshace de los tontos que no siguen esta norma. No hay secretos mejor guardados que los que todo el mundo conoce. En la sociedad en la que yo puedo introducirla á usted, no hay ninguna persona que tenga

la indiscreción de discutir mis negocios ó los de su madre. No le dé usted vueltas, en el mundo no hay hombre que pueda ofrecerla á usted una posición más segura.

VIVIE (Estudiándole con curiosidad.) Usted se figurará probablemente que me está convenciendo.

CROFTS Hombre, me lisonjeo de que ya tiene usted mejor opinión de mí que antes.

VIVIE (Con calma.) Encuentro ahora que apenas es usted digno de que yo tenga opinión alguna de usted. (Se levanta y vuelve hacia la puerta del jardín deteniéndose en el camino para mirarlo y dice casi con amabilidad pero con intensa convicción.)

Cuando pienso en la sociedad que le tolera á usted, y en las leyes que le protegen—cuando pienso en la suerte que estaría reservada al noventa por ciento de las muchachas entregadas á las manos de usted y de mi madre—aquella mujer incalificable, y á su chulo el capitalista...

CROFTS (Lívido.) ¡Maldita...!

VIVIE No se moleste. Ya estoy entre los malditos.

(Levanta el picaporte de la verja del jardín para abrirla y salir. El sigue detrás de ella y coloca pesadamente su mano sobre la barra para impedirle abrir.)

CROFTS (Jadeante de rabia.) ¿Se cree usted que con esto me voy yo á contentar, mujer infernal?

VIVIE (Sin inmutarse.) Estese usted quieto. Si toco la campanilla, alguien acudirá. (Sin retroceder un paso, mueve la campanilla de una manotada. Esta suena fuertemente y él se para involuntariamente. Casi inmediatamente aparece Frank en la puerta con su escopeta.)

FRANK (Con exquisita cortesía.) ¿Quiere usted la escopeta, Vivie, ó disparo yo?

VIVIE Frank: ¿ha estado usted escuchando?

FRANK Solamente por si sonaba la campanilla, le aseguro á usted, para que no tuviese usted que esperar. Me parece, Crofts, que he demostrado un gran conocimiento de su carácter de usted.

CROFTS Ganas me dan de arrancarle á usted esa escopeta y de rompérsela en la cabeza.

FRANK (Arrimándose á él con precaución) Por Dios, no haga usted eso. Yo soy muy descuidado al

manejar armas de fuego. Luego podría haber una desgracia y yo tener que responder de ella ante los tribunales.

VIVIE Quite usted la escopeta, Frank, no hace falta para nada.

FRANK Tiene usted razón, Vivie; más digno de un sportsman sería cazarles con cepo. (Crofts, comprendiendo el insulto, hace un movimiento de amenaza.) Crofts, tengo quince cartuchos en mi rifle y uno solo me basta para dar en el blanco cuando el blanco es del tamaño de usted y á esa distancia.

CROFTS No tiene usted que asustarse.

FRANK En las presentes circunstancias eso es muy magnánimo en usted. Muchas gracias.

CROFTS Quiero decirles una cosa antes de irme. Tal vez les interese, ya que se quieren tanto. Permítame usted, mister Frank, presentarle á usted á su hermana por parte de padre, la hija mayor del reverendo Samuel Gardner. Miss Vivie, á su hermano. Abur. (Sale y se marcha por la carretera.)

FRANK (Después de una pausa de estupefacción cogiendo la escopeta.) Vivie, usted atestiguará ante el juez que ha sido un accidente. (Apunta al bulto fugitivo de Crofts. Vivie agarra la boca del cañón y lo dirige hacia su pecho.)

VIVIE Dispare usted ahora. Ande, dispare.

FRANK (Bajando rápidamente la culata del arma.) ¡Cuidado por Dios! (Ella suelta la escopeta que cae sobre la hierba.) ¡Qué susto me ha dado! Figúrese usted que se hubiese disparado. ¡Oh! No quiero pensarlo. (Se deja caer en el banco del jardín, sumamente emocionado.)

VIVIE Suponga que se hubiese disparado. Para mí sería un alivio sentir un dolor físico fuerte, aunque me hiciera pedazos.

FRANK (Con dulzura.) No haga usted caso, Vivie. Tenga usted en cuenta: aun cuando la escopeta haya asustado á ese miserable hasta el punto de hacerle decir la verdad por primera vez en su vida, nuestro idilio puede continuar. (Tiende los brazos á ella.) Que nos cubran otra vez las hojas de los árboles.

VIVIE (Con un grito de horror.) ¡Ah! eso no, eso no. Me hace usted estremecer.

FRANK ¿Por qué? ¿qué ha pasado?

VIVIE ¡Adiós! (Va hacia la verja)

FRANK (Dando un salto.) ¿A dónde vas, Vivie? Espera. (Ella vuelve la cabeza.) ¿Dónde volveré á encontrarte?

VIVIE En la oficina de Honoria Fraser, sesenta y siete, Chancery Lane, para el resto de mi vida. (Sale precipitadamente en dirección opuesta á la tomada por Crofts.)

FRANK ¡Pero qué es eso! ¡Se fué! ¡Maldición! (Corre detrás de ella.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La oficina de Honoria Fraser, en la calle Chancery Lane, en Londres. Un despacho situado en el último piso de un edificio recién construido, con una ventana de vidrio biselado, paredes pintadas al temple, luz eléctrica y estufa de porcelana. Es sábado por la tarde. Al través de la ventana se columbran las chimeneas de Lincoln's In y un trozo de cielo occidental. En medio de la habitación hay un doble pupitre, con una caja de cigarros, ceniceros y una lámpara eléctrica portátil casi sepultada bajo montones de papeles y libros. Este pupitre tiene aberturas para meter las rodillas y, á la derecha é izquierda, unas sillas. No hay orden ni aseo en él. El pupitre del tenedor de libros, cerrado y limpio, con silla alta, se halla junto á la pared, cerca de una puerta que comunica con las habitaciones interiores. En la pared de enfrente está la puerta que da á la antesala. Su mitad superior es de cristal encajado, con un letrero negro por fuera que dice: FRASER Y WARREN. Un biombo verde oculta el rincón entre esta puerta y la ventana.

(Frank, en un traje de guiar elegante, de color claro, con su bastón, guantes y sombrero blanco en las manos, está paseando de un lado á otro de la habitación, Alguien anda con una llave en la cerradura de la puerta.)

FRANK

(En voz alta.) Entre, no está cerrado.

(Vivie entra; lleva sombrero y chaqueta. Se queda parada y le mira con extrañeza.)

VIVIE

(Severamente.) ¿Usted qué está haciendo aquí?

FRANK

Esperando á verla á usted. Hace ya más de

dos horas que estoy aquí. ¡Vaya un modo de atender á los negocios! (Coloca su sombrero y su bastón en una mesa y se pone con un salto en la silla alta del tenedor de libros y la mira á ella con mirada intranquila, insistente y elocuente.)

VIVIE Sólo me he ausentado durante veinte minutos exactamente para tomar una taza de té. (Se quita el sombrero y la chaqueta y los cuelga detrás del biombo.) ¿Cómo ha entrado usted?...

FRANK El contador no se había marchado todavía cuando llegué. Se fué á jugar al *cricket* á Primrose Hill. ¿Por qué no emplea usted á una mujer para favorecer á su sexo?

VIVIE ¿A qué ha venido usted?

FRANK (Saltando de la silla y acercándose á Vivie.) Vivie, hagamos lo del contador y vámonos por ahí á divertirnos ya que el sábado por la tarde nadie trabaja. ¿Qué le parece si nos fuéramos á Richmond y luego al café cantante para concluir con una bonita cena?

VIVIE Mis medios no me lo permiten. Además aun tengo que trabajar seis horas antes de ir á la cama.

FRANK Pero mis medios sí nos lo permiten ¡ja, ja! mire usted aquí. (Saca del bolsillo un puñado de monedas de oro y las hace sonar.) ¡Oro, Vivie, oro!

VIVIE ¿De dónde ha sacado usted eso?

FRANK Jugando, Vivie, jugando al *poker*.

VIVIE ¡Puah! peor que si fuese robado. No, no salgo. (Se sienta á la mesa á trabajar volviendo la espalda á la puerta vidriera y empieza á hojear los papeles.)

FRANK (Con tristeza.) Pero, mi querida Vivie, tengo que hablarle de cosas muy serias.

VIVIE Bueno, siéntese usted en la silla de Honoria y hable usted aquí. Me gusta charlar diez minutos después del té. (El murmura.) No refunfuñe usted, soy inexorable. (El se sienta desconsolado enfrente de ella.) ¡Haga usted el favor de alcanzarme la caja de los cigarros!

FRANK (Empujando hacia ella la caja de los cigarros.) ¡Qué horrible costumbre en una mujer esa de fumar! Ni aun los hombres bien educados ya la tienen.

VIVIE Es que se quejaba la gente del olor de las paredes recién pintadas y tuvimos que recurrir á los cigarrillos. Mire usted. (Abre la caja, saca un cigarrillo y lo enciende. Le ofrece uno, pero él lo rechaza meneando la cabeza. Ella se sienta cómodamente en su silla y fuma.) Ahora hable usted

FRANK Pues bien; deseo saber cuáles son sus ocupaciones y en qué condiciones está usted aquí.

VIVIE Es bien sencillo. Todo estaba arreglado á los veinte minutos de llegar aquí. Honoria vió que no podía ella sola atender á tantos negocios como tiene, y precisamente iba á escribirme para proponerme que me asociara con ella, cuando entré y le dije que no tenía ni un ochavo. Así me instalé aquí, y al ver que yo dirigía perfectamente el negocio, Honoria se marchó al campo á descansar un par de semanas. ¿Qué más pasó en Haslemere después de mi marcha?

FRANK Nada absolutamente. Yo dije que se había usted marchado á Londres para asuntos particulares.

VIVIE ¿Y luego?

FRANK Nada; sea que estaban demasiado atónitos para decir algo, sea que Crofts había preparado á su madre de usted, de todos modos, ella no dijo nada, tampoco Crofts dijo nada, y Praed sólo abría unos ojos así. Después del té se levantaron y se fueron y no se los ha vuelto á ver.

VIVIE (Menea plácidamente la cabeza y con un ojo mira hacia las espirales del humo de su cigarro.) Está bien.

FRANK (Mirando con desprecio a su alrededor.) ¿Tiene usted la intención de permanecer en este sitio abominable?

VIVIE (Disipando con un soplo el humo y levantándose con decisión.) Sí, estos dos días me han devuelto toda mi energía y la posesión de mí misma. No volveré á faltar en la oficina mientras viva.

FRANK (Con mueca de desagrado.) Y con todo eso parece usted feliz y dura como acero.

- VIVIE (Con amargura.) Felizmente soy fuerte.
FRANK (Levantándose.) Mire usted, Vivie, tenemos que explicarnos. El otro día nos separamos en una completa mala inteligencia.
- VIVIE (Tirando el cigarrillo.) Bueno, explíquese usted.
FRANK ¿Recuerda usted lo que dijo Crofts?
VIVIE Sí.
FRANK Esa revelación tenía por objeto operar un cambio completo en la índole de nuestros mutuos sentimientos haciéndonos creer que éramos hermanos.
- VIVIE Sí.
FRANK ¿Ha tenido usted alguna vez un hermano?
VIVIE No.
FRANK ¿No sabe usted entonces lo que sienten hermano y hermana uno para con otro? Lo que es yo tengo hermanas á porrillo: Jessie, Jorgina y las demás. Por lo tanto, sé perfectamente lo que son los sentimientos fraternales y le aseguro á usted que mis sentimientos para con usted no se parecen absolutamente nada con aquellos. Mis hermanas seguirán por su camino, y yo por el mío, y no nos preocuparemos de si nos hemos de volver á ver. Así son hermanos y hermanas. En cambio, no puedo parar cuando tengo que pasar una semana sin verla á usted. No es posible que seamos hermano y hermana. Es exactamente lo que yo sentía una hora antes de que Crofts hiciera su revelación. En una palabra, Vivie, yo la quiero á usted con toda mi alma.
- VIVIE (Sarcásticamente.) Los mismos sentimientos, Frank, que llevaron á su padre á los pies de mi madre. ¿Es eso?
- FRANK (Sublevado.) Protesto enérgicamente, Vivie, de que compare usted mis sentimientos con cualquiera de los que el reverendo Samuel es capaz de abrigar; y más aún protesto de que se compare usted con su madre. Por lo demás no creo en esa patraña. He interrogado á mi padre y he adquirido la convicción de que todo es mentira.
- VIVIE ¿Qué le ha dicho á usted?

FRANK Dijo que estaba seguro de que debía haber en eso una equivocación.

VIVIE ¿Y usted lo cree?

FRANK Creo que su palabra vale tanto como la de Crofts.

VIVIE ¿Existe alguna diferencia? Entiéndase en su juicio ó conciencia de usted, porque claro está que en realidad no la hay.

FRANK (Mencando la cabeza.) No la hay para mí.

VIVIE Ni tampoco para mí.

FRANK (Mirando en el vacío.) ¡Qué sorprendente es todo eso! Yo pensé que nuestras relaciones se hallarían alteradas en su imaginación y conciencia de usted desde el momento en que aquellas palabras salieron de la inmunda boca de aquel animal.

VIVIE Pues no fué así. No le creí. ¡Ojalá pudiese creerle!

FRANK ¡Cómo!

VIVIE Las relaciones fraternales, creo yo, serían las que mejor podrían existir entre nosotros.

FRANK ¿Es esto realmente su opinión?

VIVIE Sí, son las únicas relaciones que quisiera tener con usted aunque no hubiese inconveniente alguno en que tuviésemos otras.

FRANK (Alzando las cejas como una persona que percibe un nuevo rayo de luz y hablando con sentimiento efusivo y caballeroso.) Mi querida Vivie, ¿por qué no lo ha dicho usted antes? ¡Cuánto siento haberla molestado! Ya comprendo, claro.

VIVIE (Confusa.) ¿Qué es lo que comprende?

FRANK ¡Oh! yo no soy ningún tonto en el sentido ordinario, si no únicamente en el sentido bíblico, porque hago todas las cosas que el sabio Salomón declaró ser tontas después de haberlas probado por sí mismo en gran escala. Veo que ya no soy el niño mimado de Vivie. No se alarme, no volveré á tomarme libertades con usted, por lo menos mientras no se haya usted cansado de su nuevo favorito, sea quien sea.

VIVIE ¡Mi nuevo favorito!

FRANK (Con convicción.) Tiene que haber nuevo favo-

- rito. Siempre sucede así. No hay más remedio.
- VIVIE Para usted, afortunadamente. (Alguien llama á la puerta.)
- FRANK ¡Maldito sea quien llama, sea quien se!
- VIVIE Es Praed. Se marcha á Italia y viene á despedirse. Le dije que viniese esta tarde. Haga usted el favor de abrirle.
- FRANK Podremos continuar nuestra conversación después de que se marche á Italia. Ya procuraré que no esté mucho. (Va hacia la puerta y la abre.) ¡Hombre, usted por aquí, querido Praed! ¡Cuánto me alegro de verle! Entre usted. (Praed, en traje de viaje, entra. Está como iluminado por las impresiones estéticas que piensa sacar de su viaje.)
- PRAED ¿Cómo está usted, miss Warren? (Ella le aprieta cordialmente la mano, á pesar de que cierta sentimentalidad en medio de su buen humor la choca desagradablemente.) Dentro de una hora tomaré el tren en el Viaducto de Holborn, quisiera persuadirla á que me acompañara á Italia.
- VIVIE ¿Para qué?
- PRAED Pues para que allí se saturara usted de belleza y de poesía. (Vivie, con un estremecimiento, arrima su silla á la mesa como si el trabajo que allí la espera fuese un consuelo y un justificante para ella. Praed se sienta en frente de ella. Frank coloca una silla justamente detrás de Vivie y se deja caer indolente y descuidadamente sobre el asiento, hablándola por encima del hombro.)
- FRANK Praed, habla usted en vano. Vivie no entiende esas cosas. Ella es indiferente también para con mi poesía é indiferente para con mi belleza.
- VIVIE Mister Praed, en la vida no hay ni poesía ni belleza para mí. La vida es la que es, y estoy dispuesta á tomarla como es.
- PRAED (Con entusiasmo.) No hablará usted así si llega usted á Verona y luego á Venecia. Llorará usted de entusiasmo al verse transportada en medio de tantas maravillas
- FRANK Así me gusta á mí oír hablar. Siga usted, Praed.

PRAED ¡Oh, la aseguro, yo he llorado—y volveré á llorar, espero—con cincuenta años! A la edad de usted, miss Warren, no necesita usted, para entusiasmarse, ir tan lejos como á Verona. Se sentirá usted arrobada á la simple vista de O-tende. Luego la encantarán la alegría, la animación, la apariencia de felicidad de Bruselas. (Vivie hace un movimiento de horror.) ¿Qué le pasa á usted?

FRANK ¿Qué es eso, Vivie?

VIVIE (A Praed, con hondo reproche) ¿No puede usted encontrar mejor ejemplo de su belleza y poesía que Bruselas precisamente?

PRAED (Confuso.) Claro que es muy diferente de Verona. No quiero decir que...

VIVIE (Con amargura.) Probablemente la belleza y la poesía se reducen á lo mismo en ambas poblaciones.

PRAED (Completamente enfriado y caviloso.) Mi querida miss Warren, yo... (Mirando interrogativamente á Frank.) No me explico.

FRANK Su entusiasmo de usted, Praed, le parece frívolo á Vivie. Acaba de tener una visita muy seria.

VIVIE (Con agriéz.) Haga usted el favor de callar, Frank; no sea usted majadero.

FRANK (Con calma.) ¿Usted, Praed, llama á esto educación?

PRAED (Con temor y consideración.) ¿Quiere usted que me lleve á Frank? Estoy seguro de que la hemos estorbado á usted en sus ocupaciones. (Se quiere levantar.)

VIVIE Quédase usted sentado. Todavía no estoy en disposición de volver á mi trabajo. Los dos creen ustedes que tengo un ataque de nervios. No hay tal cosa, ni mucho menos. Pero hay dos cosas que les suplico no mencionen nunca en mi presencia. La una es el ensueño del primer amor (A Frank,) en cualquiera de sus manifestaciones; la otra (A Praed.) es la poesía y la belleza de la vida, especialmente demostradas por la alegría de Bruselas. Pueden ustedes tener acerca de ello todas las ilusiones que quieran: lo que

es yo no tengo ninguna. Si los tres hemos de seguir siendo amigos, me han de tratar ustedes como á una mujer que atiende á sus negocios, nada más, que ha de permanecer soltera (A Frank.) y que nunca ha de ser romántica. (A Praed.)

FRANK Yo también he de permanecer soltero mientras no cambie usted de idea. Praed, cambie usted la conversación. Sea usted elocuente, como sabe serlo, hablando de cualquier cosa.

PRAED (Desconfiado.) Me temo que no exista cosa alguna en el mundo de la que yo podría hablar. El Evangelio del arte es el único que yo sé predicar. Sé que miss Warren es grandemente partidaria del Evangelio del progreso, pero de eso no podemos discutir sin ofender sus sentimientos de usted, Frank, puesto que usted está decidido á no progresar, á no hacer nada.

FRANK ¡Oh! no se preocupe usted de mis sentimientos. Deme usted de todos modos un consejo útil, que bien lo necesito. Vivie, haga usted por su lado un esfuerzo para hacer de mí un hombre de provecho. Mire: tengámoslo todo, energía, ahorro, previsión, respeto de sí mismo, carácter. Sobre todo carácter. ¿No detesta usted, Vivie, á la gente que no tiene carácter?

VIVIE (Con ademán de horror.) ¡Basta, basta, dejemos esta triste conversación. Mister Praed, si realmente no hay más que esos dos Evangelios en el mundo, haríamos todos mejor en suicidarnos, porque los dos son igualmente funestos.

FRANK (Mirándola con atención.) Ahora hay en usted, Vivie, como un hálito de poesía que hasta la fecha se echaba de menos.

PRAED (Reconviniendo.) Mi querido Frank, tenga usted un poco de consideración.

VIVIE (Sin piedad consigo misma.) Nada, más vale así para mí. Me preserva de ser sentimental.

FRANK (Bromeando.) A lo que se inclina tanto, ¿verdad?

- VIVIE (Casi con pasión.) ¡Oh! sí, aunque siga usted con sus burlas. He sido sentimental un instante en mi vida, hermosamente sentimental—al re-plandor de la luna, y ahora...
- FRANK (Bruscamente.) Cuidado, Vivie, que se abandona usted.
- VIVIE ¡Oh! ¿Cree usted que mister Praed no sabe todo lo de mi madre? (Volviéndose hacia Praed.) ¡Cuánto mejor, mister Praed, habérmelo dicho todo aquella mañana! Es usted muy anticuado con sus delicadezas, después de todo.
- PRAED Usted, miss Warren, es la que es anticuada en sus aprensiones. Hablando como artista y persuadido de que las relaciones humanas más íntimas están más allá y por encima de los fines legales, tengo que decirle que por más que sé que su madre de usted no es casada, no por eso la respeto menos. Al contrario, más respeto me merece.
- FRANK (Sonriéndose) ¡Olé! Muy bien hablado.
- VIVIE (Mirándole con asombro.) ¿Y no sabe usted más?
- PRAED Yo no.
- VIVIE Entonces ninguno de los dos sabe lo más mínimo. Sus suposiciones más atrevidas son la pura inocencia comparadas con la verdad.
- PRAED (Asombrado é indignado, luchando para no perder su cortesia) Espero que no es así. (Más patético.) Espero que no, miss Warren. (La cara de Frank demuestra que no participa de la incredulidad de Praed. Vivie lanza una exclamación de impaciencia. La caballerosidad de Praed cede ante su convicción. Añade en voz baja:) Si existe alguna cosa peor, es decir, cualquier circunstancia, ¿está usted segura, miss Warren, de que usted tiene derecho de decirnoslo?
- VIVIE Estoy segura de que si tuviese valor para ello emplearía el resto de mi vida en decirlo á todo el mundo, en imprimirlo en caracteres de fuego en el alma de todo el mundo, para que todo el mundo sintiera la parte que le toca en esa vergüenza y horror como lo siento yo. No hay nada que yo desprecie más que la infame convención que protege

esas cosas prohibiendo á las mujeres mencionarlás. Y, sin embargo, no puedo decirlo. Las tres infames palabras que designan lo que es mi madre están sonando á mis oídos y revolviéndose en mi lengua, pero no puedo pronunciarlas: mi naturaleza se subleva. (Sepulta su cara en sus manos. Los dos hombres atónitos se miran mutuamente y la miran á ella. Levanta otra vez la cabeza con desesperación y coge una hoja de papel y una pluma.) Miren, voy á hacerles un presupuesto.

FRANK

¡Oh! está loca. Está usted loca, Vivie. Vamos, ánimo, cálmese usted.

VIVIE

Van ustedes á ver (Escribe.) Capital social, unas cuarenta mil libras esterlinas á nombre de sir Jorge Crofts, Baronet, principal accionista. ¿Qué viene ahora? Se me ha olvidado ¡Ah, ya! Fincas en Bruselas, Berlín, Viena y Budapest. Directora administradora: la señora Warren, y no olvidemos las tres famosas palabras que la califican. Miren. (Tiende el papel hacia ellos.) ¡Oh, no, no lean! (Lo retira vivamente y lo hace pedazos; luego se coge la cabeza con ambas manos y oculta la cara, apoyándola sobre la mesa. Frank, que ha estado mirando cuidadosamente por encima de su hombro lo que escribía, y al verlo ha abierto los ojos desmesuradamente, saca una tarjeta de su bolsillo, escribe en ella un par de palabras y silenciosamente la presenta á Praed, quien la mira con espanto. Luego Frank, arrepentido, se inclina por encima de Vivie.)

FRANK

(Murmurando tiernamente.) Vivie querida, no se apure. He leído lo que usted escribió. Praed también. Comprendemos y quedamos, lo mismo que ahora, para siempre sus incondicionales amigos. (Vivie levanta despacio la cabeza.)

PRAED

Hago más las palabras de Frank, miss Warren. Declaro que es usted la mujer más admirable y valerosa que he visto hasta ahora. (Este cumplimiento sentimental conforta á Vivie. Sin embargo, lo rechaza con un gesto impaciente y se obliga á sí misma á levantarse, no sin apoyarse, empero, en la mesa.)

FRANK No se apure usted, Vivie, que no hay para qué.

VIVIE Gracias. Dos cosas no hay que temer de mí, y es que llore ó me desmaye. (Se adelanta unos pasos hacia la puerta de las habitaciones interiores y se para junto á Praed para decir:) Necesitaré aún mucho más valor para cuando diga á mi madre que hemos llegado al momento de separarnos. Es preciso que ahora les deje á ustedes un momento solos para arreglar-me algo.

PRAED ¿Quiere usted que nos vayamos?

VIVIE No, yo concluyo en seguida. (Entra en la habitación contigua mientras Praed abre la puerta para que pase.)

PRAED ¡Qué horrible revelación! Nunca hubiese yo creído eso de Crofts, nunca.

FRANK Pues yo sí. Está perfectamente calificado. ¡Pero qué golpe es esto para mí, Praed, ya no me puedo casar con ella!

PRAED (Severamente.) Frank, ¿qué dice usted? (Los dos se miran, Frank, sin inmutarse; Praed, profundamente indignado.) Sepa usted que si la abandona ahora, se portará usted como un canalla.

FRANK Usted siempre tan caballeroso, Praed. Pero aquí está usted equivocado; de lo que se trata ahora no es del aspecto moral del asunto, sino el del dinero. Comprenderá usted que de ningún modo puedo yo aceptar el dinero de aquella vieja

PRAED ¿De modo que usted se quería casar por el dinero?

FRANK Naturalmente. No tengo un cuarto ni por donde me venga. Si ahora me casase con Vivie, me tendría ella que mantener, y yo le costaría más de lo que valgo.

PRAED Pero un muchacho listo y guapo como usted puede encontrar medios de hacer dinero.

FRANK Un poco, sí. (Saca otra vez su dinero.) Todo esto hice ayer... en menos de hora y media. Pero lo hice en un negocio de alta especulación. No, querido Praed, aunque mis hermanas Jessie y Jorgina se casen con millonarios, y el viejo se muera después de desheredar-

las, no tendré yo más que cuatrocientas libras de renta anual. Y no se morirá antes de los setenta años; no es bastante original para eso. Durante los próximos veinte años me voy á ver muy mal. Vivie no, si lo puedo remediar. Me retiro amablemente y abandono el terreno á la juventud aristocrática de Inglaterra. Esto está arreglado. No la quiero molestar más con ello. Después de que nos marchemos de aquí, la mandaré una cartita. Ella ya me entenderá.

PRAED (Cogiéndole la mano.) Es usted un buen muchacho, Frank. Le pido cordialmente perdón. Pero es preciso que no la vuelva usted á ver...

FRANK ¡Que no la vuelva á ver! ¡No faltaba más! Al contrario, vendré aquí las más veces posibles y seré su hermano. No puedo yo comprender las absurdas consecuencias que ustedes, las personas románticas, sacan de las transacciones más sencillas. (Un golpe en la puerta) ¿Quién será? ¿Quiere usted abrir la puerta? Si es un cliente parecerá más respetable que si yo me presento.

PRAED Tiene usted razón. (Va á la puerta y la abre. Frank se sienta en la silla de Vivie y escribe una nota.) ¡Mi querida Kitty! ¿Usted por aquí? Pase, pase.

(La señora Warren entra mirando tímidamente á su alrededor para ver si está Vivie. Su traje está apropiado para darle un aire digno y maternal. El brillante sombrero ha sido sustituido por una modesta toca, y la blusa alegre cubierta con un precioso abrigo de seda negro. Está sumamente emocionada, como bajo el imperio de un pánico.)

SRA. WAR. (A Frank.) ¡Usted aquí! ¿Cómo es eso?

FRANK (Dando una vuelta en su silla giratoria, pero sin levantarse.) Sí, estoy aquí, y encantado de verla. Viene usted como una brisa de primavera.

SRA. WAR. Calle usted con sus tonterías. (En voz baja.) ¿En dónde está Vivie? (Frank señala expresivamente la puerta de la habitación interior sin hablar nada.)

SRA. WAR. (Sentándose de repente y casi empezando á llorar.) Praed, ¿me querrá ver, cree usted?...

FRANK Querida Kitty, no se apure usted. ¿Por qué no había de querer ver á su madre?

SRA. WAR. ¡Oh! usted no puede saber por qué no. Usted es dema-iado bueno Mr. Frank, ¿le ha dicho á usted algo?

FRANK (Doblando su carta.) Dijo que tendría que verla á usted si (Muy expresivo.) usted espera hasta que ella entre.

SRA. WAR. (Sobresaltada.) ¿Por qué no había yo de esperar? (Frank la mira con burla, coloca cuidadosamente su nota encima del tintero de modo que Vivie no puede dejar de encontrarla á la primera vez que mete la pluma; luego se levanta y dedica toda su atención á la señora.)

FRANK Mi querida señora Warren: supongo que usted es un gorrion—un gorrion chiquito y bonito que salta por la carretera—y ve usted una apisonadora de vapor viniéndosele encima. ¿La esperaría usted?

SRA. WAR. ¡Qué gorriones! ¿Por qué se fué así, á escape, de Haslemere?

FRANK Me temo que ella se lo diga si usted espera que entre.

SRA. WAR. ¿Usted quiere que me marche?

FRANK No, yo siempre quiero que se esté usted. Pero le aconsejo que se vaya.

SRA. WAR. ¡Cómo! ¡Y que no la vuelva á ver!

FRANK Eso mismo.

SRA. WAR. (Llorando, otra vez.) Praed, por Dios, no permita usted que me atormente de ese modo. (De pronto para sus lágrimas y se enjuga los ojos.) Se enfadará Vivie si ve que he estado llorando.

FRANK (Con un toque de verdadera compasión en su tono ligero.) Usted sabe que Praed es la bondad personificada. ¿Usted qué opina, Praed? ¿Que se vaya ó se esté?

PRAED (A la señora.) Yo, realmente, sentiría mucho causarle á usted una pena inútil, pero creo que tal vez fuese mejor que usted no esperara. El caso es... (Vivie hace ruido detrás de la puerta de la habitación interior.)

FRANK Callen. Ya es tarde. Va á entrar.

SRA. WAR. No le digan que he llorado. (Vivie entra. Se para con aire serio al ver á la señora Warren quien la saluda con apasionado cariño.) Hija mía, dichosos los ojos que te ven.

VIVIE Me alegro de que hayas venido. Tengo que hablarte. Frank, usted decía que se iba á marchar, si no me equivoco.

FRANK Sí, sí. ¿Quiere usted venir conmigo, señora? ¿Qué le parece á usted de una excursión á Richmond y de ir al teatro por la noche? En Richmond hay seguridad. Allí no hay apisonadoras.

VIVIE Esas son tonterías. Mi madre tiene que quedarse aquí.

SRA. WAR. (Asustada.) No sé, tal vez sea mejor que me vaya. Te estorbamos en tu trabajo.

VIVIE (Con decisión calmosa.) Mister Praed, llévase usted á Frank. Siéntate, madre. (La señora obedece sin voluntad.)

PRAED Venga usted, Frank. Adiós, miss Vivie.

VIVIE (Apretándole la mano.) Adiós, Praed, y tenga un viaje agradable.

PRAED Gracias, gracias, así sea.

FRANK (A la señora Warren.) ¡Cuánto mejor para usted si hubiese seguido mi consejo! (Le aprieta la mano, luego dice sonriendo á Vivie.) Adiós, Vivie.

VIVIE Ustedes, lo pasen bien. (Frank sale alegremente sin darle la mano. Praed sigue. Vivie, serena y extremadamente seria, se sienta en la silla de Honoria y espera que su madre le dirija la palabra, La señora Warren, teniendo una pausa, no pierde tiempo en empezar.)

SRA. WAR. Pues bien, Vivie, ¿por qué te marchaste así sin decirme una palabra? ¿Como pudiste hacer eso! ¿Y qué hiciste al pobre Jorge? Le rogué que me acompañase acá, pero no ha querido. Parece que tiene miedo de tí. Figúrate, no quería dejarme venir. Como si (Temblando.) yo también tuviese que tener miedo de tí, querida. (La seriedad de Vivie aumenta.) Pero, claro está que le dije que las dos ya nos entendíamos perfectamente después de las explicaciones que habían mediado. (se estremece.) Vivie, dime, ¿qué significa esto?

(Saca un papel de un sobre, se acerca al pupitre y se lo presenta por encima.) El Banco me lo mandó esta mañana.

VIVIE Es lo que me pasabas mensualmente. Me lo mandaron, como de costumbre, el otro día. Lo devolví sencillamente con orden de ingresarlo en tu cuenta corriente y rogué al Banco que te pasara el correspondiente aviso. De aquí, en adelante, me mantendré con lo que gane.

SRA. WAR. (No atreviéndose á comprender.) ¿No era bastante lo que te pasaba? ¿Por qué no me lo digiste? (sonriendo forzadamente.) Doblaré tu pensión, ya lo había yo pensado. Dime cuánto necesitas.

VIVIE Sabes muy bien que no es eso. A partir de ahora yo andaré por mi propio camino en mis propios asuntos y con mis propios amigos. Tú irás por otro lado adonde te plazca. (Se levanta.) Adiós.

SRA. WAR. (Palideciendo.) ¿Qué es eso de «adiós»?

VIVIE Sí, adiós. No hagamos una escena inútil: me comprendes perfectamente. Crofts me ha explicado todo vuestro negocio.

SRA. WAR. (Furiosa.) Ah, viejo al... (Se traga la palabra y palidece al pensar que á poco se le escapa.) Así le hubiesen cortado la lengua. De todos modos, no comprendo. Ya te lo había explicado yo todo y me digiste que no hacías caso.

VIVIE (Firme.) Dispensa, hago caso. Me explicaste cómo fué el dedicarse á ese negocio, pero eso no cambia la cosa. (La señora Warren, callada por un momento, mira con ojos extraviados á Vivie, quien está ahí como una estatua, esperando secretamente que el combate ha concluído. Pero la expresión astuta vuelve á la cara de la señora Warren, y se inclina por encima de la mesa, insinuante é insistente, y profiere en voz baja.)

SRA. WAR. Vivie, ¿tú sabes lo rica que soy?

VIVIE No dudo en lo más mínimo que seas muy rica.

SRA. WAR. Pero tú no sabes lo que supone la riqueza. Para ello eres demasiado joven. Supone todos los días un traje nuevo; supone todas

las noches teatros y bailes; supone tener á tus pies los hombres más distinguidos de Europa; supone una casa magnífica llena de criados; supone comida y bebida selecta; supone cuanto se te antoje, cuanto necesites, cuanto te guste. ¿Y qué eres aquí? Una bestia de carga que tiene que bregar y trabajar desde la mañana hasta la noche por la manutención y dos trajes baratos al año. Piénsalo bien. (En tono zalamero.) Estás indignada, lo sé. Comprendo perfectamente tus sentimientos que te honran; pero, créeme, nadie te censurará, te doy mi palabra. Sé lo que son muchachas jóvenes, y estoy segura de que después de reflexionar pensarás mejor.

VIVIE De modo que así se hace la cosa. Has debido decir todo aquello á muchas mujeres ya, puesto que lo dices así tan de corrido.

SRA. WAR. (Con viveza.) ¿Te pido yo una cosa mala? (vive le vuelve despreciativamente la espalda. La señora Warren va desesperada detrás de ella.) Vivie, escúchame; tú no entiendes, en eso te han engañado á propósito los que te educaron, no sabes lo que realmente es el mundo.

VIVIE (Parada.) ¡Engañado á propósito! ¿Qué quieres decir con eso?

SRA. WAR. Pues quiero decir que estás echando á rodar tu suerte por nada. Sí, por nada. Tú crees que la gente es lo que aparenta, que lo que te enseñaron en las escuelas, que hay que pensar y obiar bien, es el buen camino. Pero no es así, es una farsa, una treta para acallar á las masas cobardes y serviles. ¿Qué necesidad tienes de convencerte de ella por la experiencia, como otras mujeres, á los cuarenta años, después de prodigarte y de perder lastimosamente el tiempo, cuando lo puedes saber ahora, á tiempo, de tu propia madre que te quiere y te jura que es la verdad, como el Evangelio? (Insistente.) Vivie, la gente rica, la gente lista, la gente emprendedora bien lo sabe. Hace lo que yo hago y piensa lo que yo pienso. Tengo mu-

chas relaciones entre esa gente. Te puedo presentar y tendrás las relaciones que quieras en las clases mas distinguidas. No pienso en nada malo, no vayas á entender al revés, porque tienes la cabeza llena de ideas equivocadas respecto de mí. ¿Qué saben los que te han educado de la vida ó de las personas como yo? ¿Cuándo se han encontrado alguna vez conmigo ó me han hablado, ó han permitido que alguien les hable de mí?... ¡tontos! ¿Habrian hecho jamás algo por tí si no los hubiese yo pagado? ¿No te he dicho que mi deseo era que fueses honrada? ¿No te he dado una educación encaminada á que lo fueras? ¿Y cómo podrás lograrlo mejor que por mi dinero y mi influencia y las relaciones de la tía Lizzie? ¿No ves que estás suicidándote y al mismo tiempo me desgarras el corazón queriéndote separar de mí?

VIVIE Reconozco en tus palabras la filosofía de Crofts. Todo lo que acabas de decir ya se lo había oído á él días atrás en casa de los de Gardner.

SRA. WAR. ¿Pero crees, hija mía, que yo te quiero imponer aquel viejo idiota, desgastado? No, Vivie, te lo juro que no.

VIVIE Sería igual, aunque quisieras, porque no lo lograrías. (La señora Warren está dolorosamente sorprendida de la indiferencia que encuentran sus cariñosas intenciones. Vivie, no entendiéndolas ni preocupándose de ellas, prosigue con calma.) Madre, tampoco conoces tú quien soy yo. De Crofts no tengo que decir más que de cualquier otro de su clase. A decir verdad, hasta le admiro por su fuerza de carácter en gozar de la existencia á su manera y hacer dinero en vez de hacer la vida de los de su clase, ó sea tirar al blanco, cazar, asistir á banquetes, vestir, ir á teatros y reuniones, etcétera, sin más razón que porque los demás hacen así. Y estoy completamente persuadida de que, si yo hubiese estado en las mismas circunstancias que mi tía Liz, hu-

biera hecho lo mismo que ella. No creo que tenga yo más prejuicios ó una moral más rígida que tú; al contrario. Pero soy menos sentimental. Sé perfectamente que toda la moralidad corriente y usual es una farsa, y que si yo tomara tu dinero y dedicara el resto de mi vida á gastarlo elegantemente, sería tan inútil y viciosa como la mujer más tonta pueda desear serlo, sin que nadie me dijese una palabra. Pero no quiero ser inútil. No gozo en ir en carruaje al parque para que vivan mi sastre y mi constructor de coches, ni aburrirme en la ópera para exhibir un escaparate de diamantes.

SRA. WAR. (Trastornada.) Pero...

VIVIE. Espera, que no he concluído. Dime por qué continúas aquel negocio ahora cuando tienes bastante dinero para no necesitarlo. Tu hermana, según me dijiste, se ha retirado por completo de él. ¿Por qué no haces lo mismo?

SRA. WAR. ¡Oh! es que Liz está en otras condiciones: á ella le gusta la sociedad elegante, tiene aire de gran señora. Ponme á mí en una capital de provincia. Hasta los más lerdos me señalarían con el dedo, sin contar que no podría soportar tanto aburrimiento. Yo necesito trabajo y agitación, y me volvería loca de tristeza. Además, no puedo hacer otra cosa. Esta vida me agrada y me conviene: estoy hecha á ella y á nada más. Si no me dedicase yo á ese negocio, otro lo haría, de modo que con él no hago daño á nadie. Luego, reporta dinero, y á mí me gusta hacer dinero. No, es inútil; no puedo dejar este género de vida... por nadie. Pero tú, ¿qué necesitas saber de ello? Yo nunca lo mencionaré en tu presencia. Alejaré de tí á Crofts. No te molestaré mucho. Ya ves que tengo que viajar de un lado para otro. Luego te verás del todo libre de mí cuando muera.

VIVIE. Nada, yo soy la hija de mi madre, me parezco á tí. Necesito trabajar y hacer más di-

nero del que gane. Pero mi trabajo no es el tuyo, y mi camino es diferente del tuyo. Tenemos que separarnos. Casi vendrá á ser lo mismo, al fin y al cabo: en vez de vernos durante unos pocos meses en veinte años, no nos veremos nada; á esto se reduce.

SRA. WAR. (Su voz se pone llorosa.) Vivie, me parece que he estado más tiempo á tu lado que lo que dices.

VIVIE No te empeñes, madre; no he de cambiar de determinación por unas lágrimas y súplicas más ó menos que cuestan poco.

SRA. WAR. (Indignada.) ¡Oh, las lágrimas de una madre calificarlas así!

VIVIE No te cuestan nada á tí, y me pides darte en cambio de ellas la paz y la tranquilidad de toda mi vida. ¿De qué te serviría mi compañía si la lograras? ¿Qué tenemos los dos de común que podría hacernos felices juntas?

SRA. WAR. (Recayendo sin cuidado en su lenguaje propio.) Somos madre é hija. Quiero tener á mi hija á mi lado. Tengo el derecho de tenerla á mi lado. ¿Quién cuidará de mí cuando sea vieja? ¡Cuántas muchachas me han querido como á una madre y han llorado al separarse de mí; pero á todas dejé que se fueran porque había puesto toda mi esperanza en tí! Por tí quedé sola. No tienes derecho ahora á volverte contra mí y á negarte á cumplir con tus deberes de hija.

VIVIE (Asqueada y molestada por el tonillo de novelas por entrega que usa su madre.) ¡Mis deberes de hija! Ya sabía yo que aquí vendríamos á parar. Mira, una vez para todas, madre, tú necesitas una hija y Frank necesita una mujer. Yo no necesito madre ni necesito esposo. No he tenido consideración ni conmigo ni con Frank al rechazarle. ¿Crees que voy á tenerla contigo?

SRA. WAR. (Con violencia.) Entrañas de hiena, sin piedad ni para tí ni para nadie. Ya sé. Mi experiencia en eso nunca me engaña: conozco á primera vista á esa clase de mujeres gazmoñas,

duras, egoistas é inflexibles. Pues bien; con-sérvate para tí misma, no te necesito. Pero escucha esto. ¿Sabes lo que haría contigo si fueras otra vez una niña? ¡Ay, tan seguro como está Dios en el cielo!

VIVIE ¿Degollarme tal vez?

SRA. WAR. No, pero te educaría para que fueses realmente mi hija y no lo que eres ahora, con tu orgullo y tus ideas y tu educación de los colegios que me robaste, sí, qué me robaste; niégalo, si puedes. ¿Qué otra cosa que un robo ha sido eso? Te criaría en mi propia casa, eso es lo que haría, ya lo creo.

VIVIE (Con calma.) En una de tus propias casas.

SRA. WAR. (Chillando.) ¡Habrased visto! ¡Habrased visto cómo escupe á las canas de su madre! ¡Permita Dios que un día tu propia hija te maltrate y te pisotee como me pisoteaste á mí! Y lo verás, lo has de ver. ¡Ninguna mujer ha sido feliz jamás con la maldición de su madre encima!

VIVIE Quisiera que no chillaras, madre. Con ello me haces más insensible. Mira, supongo que soy la única muchacha de las que has tenido en tu poder á quien hayas hecho bien. No hagas ahora que no tenga que agradecerlo.

SRA. WAR. Dios me perdone, es verdad, y tú eres la única que se haya vuelto contra mí. ¡Qué injusticia! ¡Qué injusticia! ¡Qué injusticia! Yo siempre quise ser una mujer buena. Traté de trabajar honradamente, y me hicieron bregar como á una esclava hasta el día en que renegué de mi honradez. He sido una buena madre, y porque he hecho de mi hija una mujer buena, me arroja de su lado como si fuese una leprosa. ¡Oh, si pudiese volver á empezar mi vida! Ya le diría yo las verdades á aquel clérigo mentiroso de la escuela. De aquí en adelante, como me he de morir, haré el mal y nada más que el mal. Así es como me irá bien.

VIVIE Sí, es mejor que te traces tu línea de conducta y la sigas. Si yo hubiese sido como

tú, madre, hubiese hecho lo que tú hiciste, pero no hubiese vivido una vida y creído en otra. En el fondo eres una mujer vulgar. Por eso me despido de tí; y hago bien.

SRA. WAR. (Con extrañeza.) ¿Haces bien en rechazar todo mi dinero?

VIVIE No, hago bien en deshacerme de tí. Sería una locura obrar de otro modo.

SRA. WAR. (Con ira.) Si á eso vamos, puede que tengas razón; pero Dios nos guarde de un mundo en que todos quisiesen obrar rectamente, sin ninguna consideración. Y ahora mejor será que me vaya de donde no me quieren. (Se acerca á la puerta.)

VIVIE (Amable.) ¿No me quieres dar la mano?

SRA. WAR. (Después de mirarla furiosamente un momento con ganas de pegarla.) No, gracias. Adiós.

VIVIE (Friamente.) Adiós. (La señora Warren sale dando un fuerte portazo. La tensión del semblante de Vivie cede; su expresión seria se transforma en una de contento interno. Su pecho se agita y de su garganta se escapa un sonido entre sollozo y carcajada de intenso alivio. Se dirige con paso firme á su pupitre, quita de en medio la luz eléctrica, coge un gran montón de papeles, y está á punto de sumergir su pluma en la tinta, cuando encuentra el billete de Frank. Lo abre sin cuidado y lo lee rápidamente, lanzando una risita por un giro algo raro en él.) ¡Y adiós, Frank! (rompe el billete y echa los pedazos en la cesta de los papeles sin vacilar un segundo. En seguida se pone á trabajar y se absorbe en los guarismos.)

FIN DE LA OBRA

1870
1871
1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912



Precio: DOS pesetas